

## Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España

José María Blázquez Martínez

[Texto editado previamente en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma 1979, Roma 1983, 311-373 = José María Blázquez Martínez, *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, Madrid 1992, 13-65 e incluido en la *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes* por cortesía del autor.]

La paginación de referencia entre corchetes v.g. [-13-] es la de 1992

[-13-]

Desde el Coloquio Internacional de Estudios Fenicios celebrado en Roma en el año 1970<sup>1</sup>, se ha dado un gigantesco avance en el conocimiento de la colonización fenicia en la Península Ibérica<sup>2</sup>, en el estudio de determinados objetos o de monumentos [-15-]

---

<sup>1</sup> F. Barreca y otros, *L'espansione fenicia nel Mediterraneo*, Roma, 1971. Agradezco a los profesores Diego Mata y J. Valiente, de las universidades gaditana y Complutense de Madrid, su participación en este trabajo, concretamente en las páginas dedicadas a Huelva y Cástulo, excavaciones en las que han participado. Con ellos hemos discutido todos los problemas, y sus sugerencias y estudio han quedado íntegramente añadidos al texto.

<sup>2</sup> H. G. Niemeyer, «Los comienzos de Cartago y la expansión fenicia en el área mediterránea», *Gerión* 7, 1989, págs. 11 y ss.; M. Almagro, *Resistencia y asimilación de elementos culturales del Mediterráneo oriental en la Iberia prerromana: Assimilation et resistance a la culture gréco-romaine dans le Monde Ancien*, Bucarest-París, 1976, págs. 117 y ss.; J. Arce, «La epístola 37 de San Jerónimo y el problema de Tartessos igual a Tarshish bíblica», *Latomus*, 35 (1974), págs. 943 y ss.; *Id.*, «Tarsis-India-Aethiopia; a propósito de Hieronm. Ep. 35», *RSF*, 5 (1977), págs. 127 y ss.; O. Arteaga, «Vorbericht über die Grabungs Kampagne 1976 auf dem Cerro del Mar», *MM* (1977), págs. 101 y ss.; A. Arribas - O. Arteaga, «El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalupe (Málaga): Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 2 (1975); *Id.*, «Guadalhorce. Eine phöniko-punische Niederlassung bei Málaga», *MM*, 17 (1976), páginas 180 y ss.; M. E. Aubet, «Excavaciones en Las Chorreras (Mezquitilla), Málaga», *Pyrenae*, 10 (1974), págs. 79 y ss.; M. E. Aubet - G. Maas-Lindemann - H. Schubart, «Chorreras. Eine phönizische Niederlassung östlich der Algarrobo-Mündung», *MM*, 16 (1975), págs. 137 y ss.; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975; *Id.*, «Aspectos económicos y demográficos en la colonización fenicia», *XIV Intern. Congress. of Historical Sciences*, San Francisco, 1975; *Id.*, «Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía: L Aniversario de la Fundación del Laboratorio de Arqueología», *PLA V*, 11 (1975), págs. 207 y ss.; *id.*, *Arte de la Edad de los metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés*, Madrid, 1978; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondée sur une analyse des traditions littéraires*, Bruselas, 1979; M. Fernández Miranda - L. Caballero, *Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra), Almería*, Madrid, 1975; J. G. Garrido, «Precisiones en torno a la colonización fenicia en el área atlántica de la Península Ibérica y las excavaciones arqueológicas de Huelva», *CAN*, 13 (1975), págs. 773 y ss.; J. P. Garrido - E. M. Orta, *La necrópolis y el habitat orientalizante de Huelva*, Huelva, 1980; G. Maas-Lindemann - H. Schubart, «Vorbericht über die Grabung 1974 in der Nekropole des 6/5. Jhs. v. Chr.», *MM*, 16 (1975), págs. 179 y ss.; H. G. Niemeyer, «Toscanos, Vorbericht über die Grabungskampagnen 1973 und 1976», *MM*, 18 (1977), págs. 74 y ss.; P. Rouillard, «Breve note sur le Cerro del Prado, site phénicien de l'Ouest, à l'embouchure du Río Gudarranque (San Roque, Cádiz)», *MM*, 19 (1978), páginas 15 2 y ss.; H. Schubart, «Morro de Mezquitilla, Vorbericht über die Grabungs-kampagne 1976 auf dem Siedlungshügel an der Algarrobo-Mündung», *MM*, 18 (1977), págs. 33 y ss.; *id.*, «Vorbericht über die Grabungskampagne 1976 in der Nekropole des 6/5 Jhs. v. Chr.», *MM*, 18 (1977), págs. 93 y ss.; M. Tarradell, «El impacto greco-fenicio en el extremo Occidente: resistencia y asimilación», *Assimilation et résistance a la culture gréco-romaine dans le Monde Ancien*, cit., págs. 343 y ss.; B. W. Treumann, «West-Phoenician Presence on the Iberian

importantes para establecer la cronología y las relaciones con el exterior<sup>3</sup>, así como en los poblados y necrópolis que se encuentran bajo el directo influjo semita<sup>4</sup>. Hoy día se

---

Península», *TAW*, 1 (1948), pág. 15; C. R. Whittaker, «The Western Phoenicians: colonization and assimilation», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 200 (NS 20) (1974), págs. 58 y ss. En general, G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica», *RSF*, 5 (1977), págs. 195 y ss.; H. Schubart, *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1975; S. Moscati, *Il mondo dei Fenici*, Milán, 1979, con toda la bibliografía menuda sobre Occidente; H. Schubart - H. G. Niemeyer, *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*, Madrid, 1976; J. Fernández Jurado, «Die Phönizier in Huelva», *MM*, 26, 1985, págs. 61 y ss.; D. Ruiz Mata, *Historia General de España y América. De la Protohistoria a la conquista romana*, 1-2, Madrid, 1987, págs. 31 y ss.; F. Fernández Nieto, *Historia de España antigua*, I. *Protohistoria*, Madrid, 1986, págs. 527 y ss.; M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra, 1987; E. M. García Alfonso, «Fenicios en la costa de Málaga», *Revista de Arqueología*, X, 103, 1989, págs. 32 y ss.; M. Gras-R. Rouillard-J. Teixidor, *L'Univers phénicien*, París, 1989. Es de una gran novedad la tesis de la colonización agrícola en Turdetania, que explica muchos fenómenos de Turdetania: C. G. Wagner - J. Alvar, «Fenicios en Occidente. La colonización agrícola», *RSF*, 17, 1, 1989, págs. 61 y ss.; S. Suárez y otros, «Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica», *MM*, 30, 1989, págs. 135 y ss.; R. Corzo, «Los fenicios, señores del mar», *Historia* 16, 8, *Historias del Viejo Mundo*, 1988; C. G. Wagner, «Oriente. Los fenicios», *Historial del Mundo Antiguo*, 9, Torrejón de Ardoz, 1989; G. del Olmo - M. E. Aubet y otros, *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986. En general: S. Moscati y otros, *I Fenici*, Milán, 1988. Últimamente ha aparecido cerámica micénica en el sur de la Península Ibérica: J. C. Martín de la Cruz, «Mykenische Keramik aus bronzezeitlichen Siedlungsgeschichten von Montoro am Guadalquivir», *MM*, 29, 1988, págs. 77 y ss. Recientemente han aparecido varios libros fundamentales: F. Fernández Jurado, «Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica», *HA*, IX, 1987; *Id.* y otros, «Tartessos y Huelva», *HA*, X-XI, 3, 1988-1989; varios, *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989; M. C. Fernández Castro, *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (Siglos X a VIII a.C.)*, Madrid, 1988; varios, «Tartessos», extra núm. 1, *Revista de Arqueología*, Madrid, 1986; A. Recio, *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga)*, Madrid, 1990; S. Werner Ellering, *La cerámica pintada geométrica del Bronce final y de la primera Edad de Hierro*, Madrid, 1990; H. Schubart, «Endbronzezeitliche und phönizische Siedlungsfunde von der Guadiaro-Mündung, Prov. Cádiz. Probegrabung 1986», *MM*, 29, 1988, págs. 132 y ss.; G. Hoffmann, «Geologische Untersuchungen im Tal des Río Guadiaro, Prov. Cádiz», *MM*, 29, págs. 126 y ss. Estas investigaciones geológicas son de gran importancia en las colonias fenicias: D. Molas y otros, «Orientalisierende Funde von der Grabung 1984 in der Nekropole des Coll del Moro de Gadesa (Prov. Tarragona)», *MM*, 28, 1987, págs. 51 y ss.; R. Rufete, «Die phönizische Rote Ware aus Huelva», *MM*, 30, 1989, págs. 76 y ss.; I. Keesmann - B. Hellermann, «Mineralogische und chemische Untersuchungen an Schlacken vom Morro de Mezquitilla», *MM*, 30, 1989, págs. 92 y ss.; A. Suárez y otros, «Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica», *MM*, 30, 1989, págs. 135 y ss.; varios, «La escultura tartésica y Extremadura», *CE*, 2, 1990; J. M. Blázquez, *Prehistoria y Edad Antigua*, Madrid, 1991, págs. 69 y ss., 89 y ss. Sobre la colonización fenicia, 103 y ss. Sobre la colonización griega, 113 y ss.

<sup>3</sup> J. M. Blázquez, Neueste Ausgrabungsfunde in Spanien aus orientalisierender Zeit mit neuen Gusstechniken: Proceeding of the Xth Internat. Congress of Classical Archaeology, Ankara, 1978, págs. 369 y ss.; I. Gamer-Wallert, «La inscripción del vaso de alabastro de la tumba número 1 de Almuñécar (Granada)», *CAN*, 12 (1973), págs. 401 y ss.; *Id.*, «Der Skarabäus vom Jardin bei Torre del Mar», *MM*, 18 (1977), págs. 98 y ss.; G. Grau-Zimmermann, «Phönikische Metallkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes», *MM*, 19 (1978), págs. 161 y ss.; G. Lindemann, «Phoenikische Grabformen des 7/6 Jahrhunderts v. Chr. im Westlichen Mittelmeerraum», *MM*, 15 (1974), páginas 122 y ss.; H. G. Niemeyer, «Ein tartessisches Goldkollier am Tharsis (Prov. Huelva)», *MM*, 18 (1977), págs. 116 y ss.; J. Padró, «Precisiones sobre la identificación del cartucho de un rey Sheshong en Almuñécar», *CAN*, 13 (1975), págs. 751 y ss.; M. Vidal, «El grifo de La Joya: Análisis tipológico y comparativo», *CAN*, 13 (1975), págs. 707 y ss.

<sup>4</sup> O. Arteaga - M. R. Serna, «Die Ausgrabungen von Los Saladares. Prov. Alicante. Zum Ursprung der iberischen Kultur an der südlichen Levanteküste», *MM*, 15 (1974), págs. 108 y ss.; O. Arteaga - M. R. Serna, «Influjos fenicios en la región del Bajo Segura», *CAN*, 13 (1975), págs. 737 y ss.; M. E. Aubet, *La cerámica púnica de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona, 1975; *Id.*, *La necrópolis de Setefilla en*

conoce relativamente bien, a partir de la segunda mitad del siglo VII a.C, una serie de factorías fenicias asentadas en la costa meridional hispana, como Adra, que no ha dado material antiguo, aunque en superficie se han recogido fragmentos de vasos protocorintios, fechados en torno a 700 a.C., contemporáneos, por lo tanto, de las *kotylai* de Almuñécar, Mezquitilla, Las Chorreras, Aljaraque, Toscanos, Alarcón, Guadalhorce, San Roque, Puerto de Santa María, que es, posiblemente, el *portus gaditanus*, y las necrópolis de Almuñécar, Frigiliana, Jardín y Trayamar; igualmente se han excavado varios poblados y necrópolis indígenas profundamente influidos por los fenicios asentados en la costa, como el poblado minero, con casas iguales que las del Sinaí, del Cerro Salomón (Río Tinto); Cabezo de San Pedro, Cabezo de la Esperanza y La Joya, los tres en la ría de Huelva; Ourique en el Algarve portugués; El Carambolo, que posiblemente es el lugar de salida de todo el mineral procedente de la serranía de Huelva para ser embarcado aquí, Guadalquivir abajo, hasta Cádiz y desde esta ciudad ser reexpedido a Cartago o al Oriente; Tejada la Vieja, que era la capital del distrito minero del norte de Huelva, desde donde se transportaba el mineral a El Carambolo, por un camino que después sigue la calzada romana; Osuna, Setefilla y Carmona, todas en Sevilla; Colina de los Quemados en Córdoba, y Cástulo en Jaén, que era la capital del distrito minero de Oretania, donde llegan los influjos fenicios hacia 700 a.C.

La llegada de elementos fenicios, que vinieron al sur de la Península Ibérica, hacia 1100 a.C. de ser cierta la fecha que unánimemente dan todas las fuentes antiguas (Mela 3, 46; Plin., [-17-] *NH* 16, 216; Str. 1, 3, 6; Vell. 1, 2, 3), sobre la fundación de Cádiz, sería el resultado de la expansión de los pueblos del Egeo y del este, que siguió a la derrota de los Pueblos del Mar en Egipto<sup>5</sup>. No hay constancia arqueológica de la presencia fenicia en Occidente en fecha tan temprana, a no ser que procedan del Oriente las cerámicas bruñidas que aparecen en la desembocadura de los ríos Tajo y Guadalquivir. Su distribución indicaría una llegada por vía marítima<sup>6</sup>. Su cronología va del siglo X al VI. Esta cerámica bruñida aparece en poblados y necrópolis, que después acusan influencias orientalizantes, como son el Cabezo de San Pedro, La Joya, Asta Regia, El Carambolo, Ategua y la Colina de los Quemados, etc. Dado el tipo de forma de vender las mercancías que tenían los fenicios, descrito por Heródoto (1, 1), es difícil que en una primera etapa dejara muchas huellas: «Los negociantes fenicios, desembarcando sus mercancías, las expusieron con orden a pública venta.» Desde mediados del siglo IX a.C, pueblos indoeuropeos han llegado a la ría de Huelva, atraídos, como los fenicios, por la fabulosa riqueza en metales de Sierra Morena. En

---

*Lora del Río, Sevilla (Túmulo B)*, Barcelona, 1978; *Id.*, «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir I. Cruz del Negro», *ABSA*, 44 (1978), págs. 15 y ss.; M. Belén - M. Fernández Miranda - J. P. Garrido, *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en Los Cabezos de San Pedro y La Esperanza (= Huelva Arqueológica*, 3), Huelva, 1977; J. de M. Carriazo, *Tartessos y El Carambolo*, Madrid, 1973; J. P. Garrido - E. M. Orta, *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya»*. *Huelva II*, Madrid, 1978; J. M. Gran Aymerich, «Sondeos arqueológicos en "Cerca Niebla", sobre el valle del río Vélez, provincia de Málaga», *CAN*, 12 (1973), págs. 409 y ss.; N. Mesado, *Vinarragell (Burriana, Castellón)*, Valencia, 1974; N. Mesado - O. Arteaga, *Vinarragell (Burriana, Castellón)*, Valencia, 1979; J. M. Muñoz, «El Tell púnico de Aljornó, Herrera (Sevilla)», *CAN*, 13 (1975), págs. 809 y ss.; V. Pingel, «Zur Vorgeschichte von Niebla (Prov. Huelva)», *MM*, 16 (1975), pág. 111.

<sup>5</sup> N. K. Sandars, *The Sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean*, Londres, 1978; R. D. Barnett, «The Sea Peoples», *CAH*, 11/2, Cambridge, 1975, págs. 359 y ss.

<sup>6</sup> C. López, «La cerámica con decoración bruñida en el suroeste peninsular», *TP*, 34 (1977), págs. 343 y ss. Sobre las cerámicas decoradas a la almagra del Bronce final: M. S. Bueno, «Las cerámicas decoradas del Bronce final», *Habis*, 18-19, 1987-1988, págs. 485 y ss.; M. Pellicer, «Las cerámicas a mano del Bronce reciente y del orientalizante en Andalucía occidental», páginas 461 y ss.

Cástulo hacia 700 la presencia de estos indoeuropeos está confirmada arqueológicamente según se dirá más adelante<sup>7</sup> y en el levante ibérico desde mediados del siglo VIII a.C.

La presencia de los fenicios asentados en las factorías de la costa, a través del intenso comercio de intercambios, produjeron un período orientalizante en toda la mitad sur de la Península, desde la sierra de Gredos hasta el Mediterráneo, etapa coetánea [-18-] y similar a la de Grecia, Etruria y Cartago, donde las poblaciones indígenas del sur y del levante copiaron los modelos de todo tipo, recibidos de Oriente a través de los fenicios, y sufrieron una profunda semitización en todos los aspectos, incluso en la religión, que es más difícil de evolucionar o de cambiar: *a)* Diosas: Astartés de Galera, obra importada seguramente del norte de Siria; de Cástulo, que sigue modelo de Hama; de El Carambolo, con la inscripción más antigua de Occidente; del Cerro del Berrueco (tres ejemplares), que obedecen a modelos en marfil del fuerte de Salmanasar III en Nimrud, y de Sevilla<sup>8</sup>; diosas aladas de Ilici, una de ellas entre caballos rampantes, de comienzo del Helenismo, *b)* Dioses masculinos, como los Reshef de Medina de las Torres, de Sevilla, etc., después imitados en los exvotos ibéricos<sup>9</sup>, *c)* Introducción de la incineración (Almuñécar, Trayamar). *d)* Generalización de los rituales funerarios traídos de Oriente: Ría de Huelva, Carmena, etc., en los que se utilizan vasos piriformes y braserillos. *e)* Uso de objetos litúrgicos, como los *thymiateria* del Cerro del Peñón, importado, de Cástulo, de Huelva, del Museo de Belem en Lisboa, del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, etc. Los exvotos en bronce del santuario de Despeñaperros serían una derivación de bronce fenicios, como el Reshef de Medina de las Torres; después fueron imitados en los santuarios ibéricos del sureste.

Los fenicios trajeron a Occidente:

*a)* El hierro (Almuñécar). Aparece también en el tesoro de Villena, tesoro que no acusa influencia mediterránea<sup>10</sup>.

*b)* El torno del alfarero (Almuñécar).

*c)* El uso de la pintura vascular<sup>11</sup>, barniz rojo, a bandas y con motivos humanos, vegetales o geométricos.

[-19-]

*d)* La escritura. Hacia 700 ya se documentan grafitos en escritura tartésica en la Ría de Huelva<sup>12</sup>.

---

<sup>7</sup> Desde 1200 al siglo VIII a.C. hay por todo el Atlántico unas intensas relaciones; cfr. M. Almagro, «De orfebrería céltica: El depósito de Berzocana y un brazalete del Museo Arqueológico Nacional», *TP*, 26 (1969), págs. 275 y ss.; M. Almagro Gorbea, «Casos del Bronce Final en la Península Ibérica», *TP*, 30 (1973), págs. 349 y ss.; *Id.*, *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977, págs. 17 y ss.

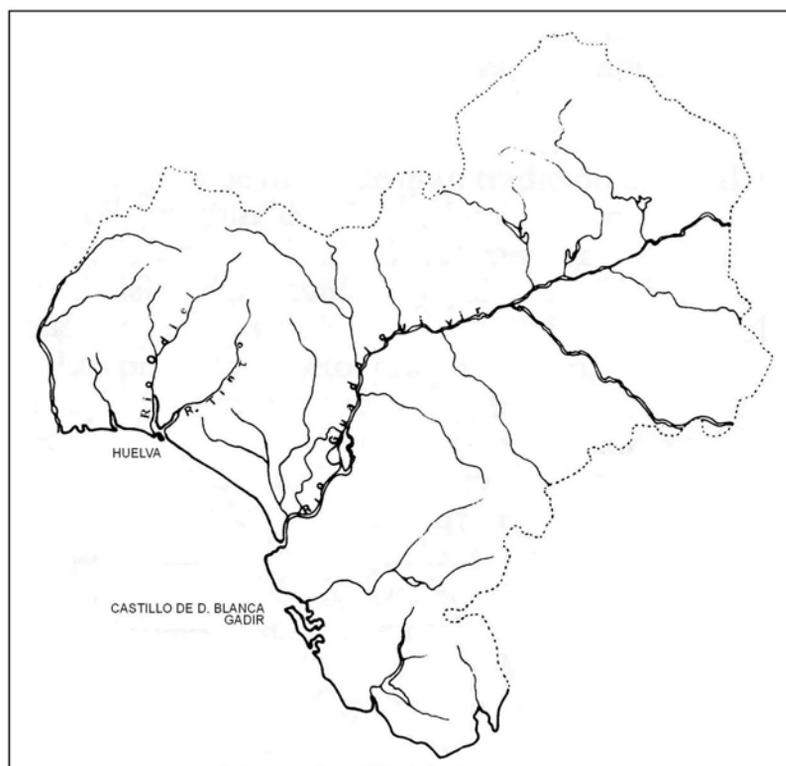
<sup>8</sup> J. M. Blázquez, *Tartessos*, cit., págs. 93 y ss.

<sup>9</sup> M. Almagro, Eine orientalisierende Bronzeskulptur aus der Gegend von Sevilla, *Festschrift zum 50-jährigen Bestehen des Vorgeschichtlichen Seminars Marburg*, Marburgo, págs. 51 y ss.

<sup>10</sup> W. Schüle, «Der bronzezeitliche Schatzfund von Villena (Prov. Alicante)», *MM*, 17 (1976), págs. 142 y ss.

<sup>11</sup> J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEA*, 48 (1975), págs. 3 y ss.; E. Cuadrado, Origen y desarrollo de la cerámica de «barniz rojo» en el Mundo Tartésico: *Tartessos y sus problemas*, Barcelona, 1970, págs. 257 y ss. Tuvo gran aceptación entre los turdetanos e iberos y llegó hasta la época helenística. S. Werner, *La cerámica pintada geométrica del Bronce final y de la primera Edad del Hierro*, Madrid, 1990.

<sup>12</sup> M. Almagro Gorbea, «La epigrafía orientalizante en Extremadura», *Homenaje a García Bellido I*, *RUM*, 25 (1976), págs. 45 y ss.; J. de Hoz, «La epigrafía prelatina meridional en Hispania», *Actas del I*



Tartessos

e) Técnicas nuevas para extraer minerales (Cerro Salamón) y para tratar el bronce en hueco (cierva del British Museum).

f) La técnica del granulado (La Aliseda).

g) Técnica de construcción de viviendas (Toscanos), después copiadas por los indígenas (Cástulo y Cerro Salomón).

h) El uso del marfil (Carmona, etc.), decorado con temas orientalizantes.

[-20-]

i) El aceite. Antes se conocía el acebuche u olivo silvestre.

j) La gallina (Toscanos).

k) Probablemente la utilización de la púrpura (Toscanos?).

l) El empleo del ariete (Cádiz), de las torres de asalto y de las minas, empleadas en la destrucción de los poblados ibéricos de finales del siglo IV o de la primera mitad del siguiente. Habían sido empleadas por los cartagineses en las guerras greco-púnicas de Sicilia.

m) Probablemente el uso del carro de guerra representado en las estelas grabadas extremeñas (Solana de Cabanas, Cabeza de Buey, Torrejón el Rubio I, Carmona, Fuente de Cantos, Zarza de Montánchez, Ategua); de los escudos con escotadura en V (Solana de Cabañas, Arroyo de Bodonal, Alburquerque, Santa Ana de Trujillo, Cabeza de Buey, Figueira, Brozas, Magacela, Robledo de Trujillo, Torrejón el Rubio, Ibahernando, Granja de Céspedes, Zarza de Montánchez, Aldea del Rey); del espejo con carácter funerario (Solana de Cabañas, San Martinho II, Brozas, Torrejón el Rubio I, Fuente de Cantos, Zarza de Montánchez); de las fibulas de codo (Brozas, Cabeza de Buey, Huelva, Torrejón el Rubio I y II, Santa Ana de Trujillo), de procedencia chipriota<sup>13</sup>.

*Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1976, págs. 337 y ss.

<sup>13</sup> M. Almagro, *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*, Madrid, 1966, *passim*; *id.*, «Nuevas estelas

El carro de guerra, aunque es del tipo de los representados en la cerámica griega arcaica, también se halla sobre los relieves de Saktohageuzu, 730-700 a.C, de Sendjirli, 832-810, y de Karkemish, de la segunda mitad del siglo VIII<sup>14</sup>. El espejo con carácter funerario se halla en la estela de Marash, de finales del siglo VIII o de comienzos del VII a.C.<sup>15</sup>.

n) Introducción de una serie de animales fantásticos y de [-21-] representaciones, que después gozaron de una gran aceptación entre los iberos, como grifos (Huelva, Carmona, Sanchorreja, Sines), esfinges (Galera, Los Villares de Andújar, Cástulo); árbol de la vida (Niebla, Medellín, Azaila).

o) La llegada de mitos de gran tradición oriental, como el de Gilgamés (La Aliseda, Pozo Moro)<sup>16</sup>.

p) Varios temas decorativos, como palmetas de cuenco (La Aliseda, Galera, Crevillente), palmetas (La Aliseda), flores de loto (La Aliseda, pendiente de Andalucía).

q) Los primeros objetos griegos fueron, muy seguramente, mercancía fenicia, como los cascos griegos de Huelva y de Jerez, la cerámica griega de Huelva (fragmento geométrico de mediados del siglo VIII a.C, las *kotylai* de Almuñécar y Adra, etc.). Samos, sin embargo, desempeñó un papel importante en las relaciones con Occidente, como portadora de los influjos samios y orientales, como lo indican los marfiles de Carmona hallados en la isla del Egeo, la estatuilla de Jerez de los Caballeros, siglo VI a.C., muy relacionada con una procedente de Samos, hoy en Estocolmo, tipo que fue muy imitado en bronce ibéricos. Otro bronce, como uno guardado en una colección de Granada, de la mitad del siglo VI, responde a modelos jonios. La actitud de muchas damas ibéricas en bronce (Granada, Jaén) sigue modelos de Samos que remontan a Asia Menor, y que a través de Siria y de Fenicia se repartieron por todo el Mediterráneo. Un pequeño grupo de figuritas ibéricas presenta grandes analogías con el arte griego de finales del siglo VI a.C. Una de ellas, de estilo arcaico, del último cuarto del siglo VI a.C., ofrece analogías con figuras de Samos y de Mileto. El bronce de *koré* con gorro cónico conservado en el Instituto de Valencia de Don Juan en Madrid, con parentesco con un bronce etrusco del Museo del Louvre, acusa las mismas relaciones entre Jonia y Etruria respecto a Iberia. Todas estas piezas son confirmación del viaje de Colaios de Samos<sup>17</sup> (Her. 4, 152), es decir, de una relación entre [-22-] Iberia y la isla del Egeo. El *kernos* de Mérida en cerámica, al parecer, sigue modelos samios igualmente.

Chipre desempeñó en la colonización fenicia, posiblemente, un papel importante (fibula de codo de la ría de Huelva y de las citadas estelas extremeñas; collar de El Carambolo, después imitado en el de Elviña, La Coruña; *thymiateria* de Sevilla y del Museo Arqueológico Nacional de Madrid<sup>18</sup>; y muralla de Vinarragell, gemela a la del

---

decoradas de la Península Ibérica», *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona, 1974, págs. 41 y ss.; M. Bendala, «Notas sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8 (1977), págs. 177 y ss.; J. Valiente, «Estelas decoradas de Aldea del Rey, Ciudad Real», *AEA*, 50-51 (1977-78), págs. 375 y ss.; M. Almagro Gorbea - J. J. Sánchez, «La estela decorada de Zarza de Montánchez (Cáceres)», *TP*, 35 (1978), páginas 417 y ss.

<sup>14</sup> E. Akurgal, *Orient et Occident*, París, 1966.

<sup>15</sup> *Ibid.*, lám. 28.

<sup>16</sup> M. Almagro Gorbea, «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *TP*, 35 (1978), págs. 251 y ss. El relieve de Gilgamés con el árbol, el pájaro de la tempestad, los polluelos y los habitantes de Uruk ofrece un paralelismo importante con un episodio del poema de Gilgamés; cfr. H. Schmökel, *El país de los Sumerios*, Buenos Aires, 1972, pág. 197.

<sup>17</sup> E. Kukahn, «Unas relaciones especiales entre el arte oriental y el Occidente», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, págs. 109 y ss.

<sup>18</sup> M. Almagro Gorbea, «Dos thymiateria chipriotas procedentes de la Península Ibérica», *Miscelánea*,

dromos de la tumba 3 de Salamina de Chipre, fechada en torno a 600 a.C. La caja del carro de Mérida, siglo VII a.C., ofrece un impresionante paralelo con la de los carros de bronce de Enkomi-Alasia. Los jarros piriformes con cabeza de animales de Mérida y Huelva siguen modelos chipriota, isla en que estos jarros de cerámica de Ilici, de comienzos del Helenismo, derivan de prototipos chipriotas más antiguos.

Los orígenes de la escultura ibérica y turdetana no son fenicios. Los relieves de Pozo Moro (Albacete), aunque creemos, siguiendo a M. Almagro Gorbea, que acusan una fuerte influencia del norte de Siria por sus representaciones y técnica de la figura plana, son, hasta el momento presente, un *hapax*. En las factorías y en los poblados indígenas, fuertemente semitizados, no aparece escultura, que es de origen griego<sup>19</sup>. Algunas costumbres bárbaras, como la crucifixión, empleada por Magón con el cuestor y los sufetes de Cádiz (Liv. 28, 37), al igual que la de arrancar los ojos a los prisioneros, como hizo Amílcar poco después de 237 a.C., con Indortes, a quien sacó los ojos y crucificó (Diod. 25, 10), fue traída por los fenicios a Occidente. La costumbre de sacar los ojos a los enemigos está atestiguada en la leyenda de Sansón (Juec. 16, 21).

En un primer momento, la cerámica y restantes géneros debieron llegar de fuera, pero pronto se fabricarían en las factorías siguiendo los modelos de Oriente. Vendrían, al comienzo, artistas de Oriente, que debieron ser los que trabajaron ya aquí los marfiles más antiguos y la joyería, y enseñarían las técnicas y los modelos en la Península Ibérica a otros aprendices, que los [-23-] generalizaron. Los talleres estarían en la propia Cádiz, o en sus cercanías, en el bajo Guadalquivir, pero pronto habría muchos, ya en manos de los nativos. El *thymiaterion* de Huelva, por ejemplo, aunque imita muy de cerca modelos de Fenicia, hoy en el Museo de Estambul, es obra bastante tosca comparada con los ejemplares de Oriente, lo que indica su fabricación local. El granulado de las joyas de La Aliseda, fechadas en torno a 600 a.C, comparado con el etrusco, el rodio o el fenicio, es deficiente, y denota que las piezas fueron labradas en un taller del sur, muy posiblemente en manos de los fenicios y no de griegos. Se caracterizan estas joyas por un barroquismo impropio de los artistas griegos.

Junto a las factorías fenicias, ya en barrios ya en poblados vecinos, pronto se asentaron grupos numerosos de indígenas, señalados por la presencia de la cerámica indígena en gran escala, que se semitizaron enseguida, como sucedería en Toscanos. En Villaricos, en época posterior, a partir del siglo VI a.C., hubo un barrio de indígenas con su propio cementerio, que acusa bien a las claras el influjo semita, y es posible conocer bien la compenetración étnica y cultural del elemento púnico y del elemento ibérico, en estrecho contacto con el norte de África, como lo indica la decoración de los huevos de avestruz, emparentados con los de Guraya, de donde procederían. De este modo queda bien patente la pluralidad de componentes rituales y culturales, que caracteriza la colonización fenicia. Las colonias griegas también, como Ampurias, tenían barrios de indígenas (Liv. 34, 9). La semitización de los indígenas fue rápida y profunda, como lo prueba las necrópolis de La Joya, Carmona, Setefilla, Medellín, etc.

La asimilación de los modelos recibidos a través de los fenicios motivó un período orientalizante, como se indicó, que se dataría entre mediados del siglo VII hasta finales del siglo VI a.C. A partir de esta última fecha hace su aparición la cultura turdetana, que hereda numerosos elementos de todo género de la etapa anterior.

En el levante ibérico, donde se ha descubierto en los últimos años poblados indígenas

---

págs. 41 y ss.

<sup>19</sup> M. Almagro, «Las raíces del arte ibérico», *L Aniversario*, cit. págs. 151 y ss.; M. Almagro Gorbea, «Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum*, 13 (1978), págs. 227 y ss.

fuertemente semitizados (Vinarragell, Los Saladares, Crevillente), desde el siglo v a.C. se origina la cultura ibérica, y en Extremadura la llamada cultura de los castros.

[-24-]

Algunos autores modernos, como Cintas<sup>20</sup> y Jordá<sup>21</sup>, identifican a Tartesos con la cultura del Argar, región típicamente minera, que comienza hacia 1800 a.C. Con la colonización fenicia, el eje político-económico se desplazó del sureste al área suroeste peninsular, con lo que se originaría la decadencia de Tartesos.

El mediodía peninsular mantuvo siempre una vinculación con Oriente y con los modelos recibidos, y constituye lo que se ha llamado el Círculo del Estrecho, con Cádiz como ciudad más importante, que controlaba todas las salidas de las explotaciones mineras de Sierra Morena, Guadalquivir abajo, norte de Huelva, la ría de Huelva, y todos los minerales de la costa atlántica, cuyo monopolio hasta la llegada de los romanos estuvo en manos de los fenicios de Cádiz (Str. 3, 5, 11). Tres caminos conducían los minerales del estaño galaico y lusitano a lo largo de la costa atlántica hasta Cádiz, puerto de embarque hacia Cartago y el Mediterráneo central y oriental: uno marítimo, bien patente en la toponimia costera; un segundo bordeaba la costa; el tercero era aproximadamente la Vía de la Plata. De estos dos últimos hay confirmación arqueológica en una serie de joyas, jarros y broches de cinturón, que siguen modelos fenicios. Estos topónimos son una serie de accidentes geográficos, que debían ser bien conocidos de los marinos fenicios, como el *promontorium Saturni* en el cabo de San Vicente (Str. 3, 1, 4). El cabo Roca se llama en Ptolomeo (2, 5, 3) monte o cabo de la luna, equivalente de *Noctiluca* de la costa malagueña (*Ora Mar.* 366-369). Más arriba cita el poeta (*Ora Mar.* 164) una *ínsula Saturno sacra*, y finalmente el *Veneris iugum* (*Ora Mar.* 158), que recuerda la isla gaditana de San Sebastián, también dedicada a la *Venus Marina* (*Ora Mar.* 315-317), identificada con la Punta de Muller Mariña, nombres todos que prueban la presencia en estas costas de marineros fenicios. El citado collar de Elviña demuestra estos contactos con los pueblos del sur, al igual que la estatuilla del castro de Lanhoso, que se deriva de las diosas entronizadas inspiradas en el repertorio iconográfico de Astarté. El amuleto áureo de Asturias está inspirado en sus congéneres de Oretania.

[-25-]

La orfebrería castreña del Noroeste da muestras de una poderosa influencia meridional siguiendo una ruta terrestre perceptible en la orfebrería portuguesa: arrancadas de Colega y de Monsanto de Beira en el centro de Portugal, y la de Madrigalejo, y otra ruta que bordea el litoral atlántico, que debió ser la seguida por Décimo Junio Bruto Galaico en su viaje al noroeste en el año 138-136 a.C. (*App., Iber.* 73-75; Str. 3, 152), como lo indican los pendientes, aros para el pelo y collares articulados de Irixe (Orense), Carballo (La Coruña), Vilar de Santos (Orense), San Martinho de Antas, Briteiros, los ejemplares del tesoro Bedoya, Berducedo, etc., todos posteriores al siglo IV a.C., inspirados en modelos fenicios o griegos.

Los fenicios gaditanos controlaban también la exportación del *garum*, que reexpedían a Cartago y al resto del Mediterráneo (Ps. Arist., *De mirab. Aus.* 126). Todo esto confirma la afirmación de Estrabón (1, 1, 4) de que los fenicios crearon en la Península un gran imperio.

A título de ejemplos de la asimilación de los elementos recibidos de fenicios por las

<sup>20</sup> *Manuel d'archéologie punique*, I, París, 1970, págs. 269 y ss.

<sup>21</sup> «Tartessos y la cultura del Argar», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1979, págs. 381 y ss.

poblaciones indígenas, presentaremos los resultados de las excavaciones en curso de estudio y publicación en el Cabezo de San Pedro, Huelva, que es el poblado de la necrópolis de La Joya, excavada por el doctor J. P. Garrido. Se trata de metalúrgicos, que traían la minería de la plata de unos 100 kilómetros. El segundo ejemplo es el poblado, fechado en torno a 700 a.C., de Cástulo, importante zona minera. Hacia esta fecha se reciben y asimilan en Oretania los primeros impactos de los fenicios asentados en la costa, posiblemente Guadalquivir arriba, pues la cordillera que bordea la costa meridional granadina y malagueña impedía las cómodas relaciones con el interior. El impacto fenicio en el interior, en zonas ricas en minerales, queda bien patente en las excavaciones de Medellín (Cáceres). Un mundo totalmente diferente es el de Setefilla (Sevilla). En este caso son los ganaderos quienes reciben el impacto de los fenicios. Un mundo semitizado, pero diferente, es el de ciertos poblados indígenas de la costa levantina. Examinaremos, como última novedad, el de Peña Negra, Crevillente (Alicante).

#### [-26-]

#### CONCLUSIONES GENERALES ACERCA DE LAS EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE SAN PEDRO. CAMPAÑAS DE 1977-1978

La excavación en el Cabezo de San Pedro, y en concreto en su cima, tuvo la finalidad de analizar con más precisión la secuencia estratigráfica que, a grandes rasgos, había mostrado la limpieza de su ladera occidental (Blázquez, Luzón, Gómez y Clauss, *Huelva arqueológica*, 1970). En el verano de 1977 tuvimos oportunidad de realizar excavaciones metódicas que continuaron durante el verano siguiente.

Los trabajos comenzaron con la apertura y excavación de dos zanjas —2.1 y 2.2— de exploración que permitiesen un conocimiento de las posibilidades estratigráficas y la elección de una zona donde concentrar nuestras actividades.

La zanja 1 proporcionó, en toda su extensión, estratos revueltos medievales y modernos y la cimentación de un muro medieval en su extremo oriental. No mostró posibilidades de ampliación en ninguna zona.

La zanja 2 presentó características diferentes que, al parecer, no guardan relación directa con el rellano anterior. En su pared norte se observan dos grupos de estratos, correspondiendo los numerados de I a IV —los más profundos— a niveles *in situ* y de relleno los restantes más superficiales. Los estratos I y II corresponden a niveles del Bronce final, anterior a las colonizaciones, y los estratos III y IV contienen ya materiales indígenas más evolucionados y material a torno oriental. La excavación de esta zanja reveló posibilidades de una estratigrafía en su pared suroeste, de modo que la única opción favorable fue la ampliación en este sector. Se trazó un pequeño rectángulo que denominamos A.2.1.

El corte A.2.1. proporcionó dos momentos de sumo interés. Los estratos inferiores (I.a, I.b y I.c), que suman algo más de dos metros de potencia, corresponden a niveles del Bronce final en su fase inicial. Cerrando este complejo se excavó una capa de margas amarillentas, asociadas a lo que en principio creímos la cimentación de un muro, y sobre ellas un conjunto de estratos (II, III y IV) que corresponden a una fase más avanzada y en plena época orientalizante.

La aparición del basamento de un muro en la pared norte de la zanja A. 2 originó una nueva ampliación, que denominamos [-27-] A.2.2. Los niveles I a IV de este cuadro corresponden a niveles cronológicamente posteriores a los de los estratos II a IV del

corte A.2.1. Los niveles V a VII son de relleno medievales y modernos.

YACIMIENTOS	CRONOLOGIA											
	a.C.								d.C.			
	VIII	VII	VI	V	IV	III	II	I	I	II	III	IV
LA TIÑOSA					■	■	■	■				
ALJARAQUE		■			■	■	■	■				
HUELVA	1977	■	■	■	■	■	■	■				
	1979	■	■	■								
ALHONoz		■	■	■		■	■	■				
NIEBLA				■	■	■	■	■	■		■	
TEJADA		■	■	■	■	■	■	■				
SEVILLA		■	■	■	■	■	■	■				
CARAMBOLO	A	■	■	■								
	B		■	■								
MACARENO	76	■	■	■	■	■	■	■				
	F	■	■	■	■	■	■	■				
					■	■	■	■				
	H				■	■	■	■				
CARMONA		■	■	■	■	■	■					
ITALICA	P.a.					■	■	■	■	■		
	C.v.					■	■	■	■	■		
	L.P.					■	■	■	■	■		
RIOTINTO	S.		■	■								
	Q.		■	■	■							
SETEFILLA		■	■	■	■	■	■					
MONTMOLIN		■	■	■	■	■	■					
ATEGUA	I		■	■	■	■	■	■				
	II		■	■	■							
CORDOBA		■	■	■	■	■	■					

Cronología de los poblados tartésicos

La excavación de 1978 tuvo lugar en la zona occidental de las excavaciones del año anterior. Se han excavado cuatro cortes de diferentes dimensiones que denominamos A.2.3, A.2.4, A.2.5 y A.2.6, que han dado como resultado la excavación de un muro construido mediante un pilar central de sillares de grandes dimensiones y paramentos laterales de mampostería de pizarras. Este muro, según se deduce del análisis estratigráfico y del material, pertenece a un momento tardío del Bronce final I o inicial, en la segunda mitad del siglo III a.C. La excavación de estos cuadros ha proporcionado fundamentalmente niveles [-28-] del Bronce final I y se ajustan a las conclusiones a que se llegó en el corte A.2.1.

Las conclusiones culturales y cronológicas son las siguientes:

— En el transcurso de las excavaciones hemos podido definir tres fases bien distinguidas:

a) La fase I corresponde a un momento del Bronce final, que podríamos denominar Bronce final I o inicial, significando con ello una etapa anterior a la llegada de los primeros colonos orientales. Se ha delimitado con claridad en los cortes A.2.1., zanja A.2, A.2.3, A.2.4, A.2.5, y A.2.6. El material ha sido abundante y permite definir sus elementos cerámicos formales y decorativos. Este horizonte es formalmente similar, y también cronológico, al fondo de cabaña de El Carambolo, fondos de cabañas de Valenciana, niveles más profundos de Setefilla, etc. Todos estos yacimientos se enclavan en un horizonte prefenicio.

b) La fase II se observa con más claridad en los niveles II a IV del corte A.2.1. Esta fase la hemos subdividido en tres subfases, por razones estratigráficas, pero muestran muy pocas diferencias materiales. Es el momento en que empiezan a aparecer con relativa abundancia las primeras cerámicas a torno de engobe rojo o polícromas. Respecto a la cerámica indígena, las formas muestran una clara evolución, como se ha

observado en el análisis del material. Desaparecen casi por completo los materiales característicos de la fase I. Se usa con profusión la cazuela o plato a mano, pero adquieren dimensiones más reducidas y bordes menos carenados y vueltos, que parecen una burda imitación de los platos a torno. Un elemento nuevo en esta fase es la olla de superficies toscas decorada mediante impresiones digitales en el hombro, cuyo origen es difícil actualmente de determinar. El material a torno más frecuente corresponde a platos recubiertos de engobe rojo y platos o páteras grises, ánforas de saco de hombros muy señalados mediante carena, ánforas policromas, etc.

c) La fase III se ha excavado solamente en el corte A.2.2 (estratos I a IV). Supone la aparición más numerosa de la cerámica a torno de origen semita. La cerámica indígena también sufre un cambio, especialmente en sus platos, utilizándose con [-29-] exclusividad el cuenco de pequeño diámetro y tosco sin borde señalado, característico de la necrópolis cercana de La Joya.

Las bases para el establecimiento de la cronología son las siguientes:

— Fase III (650/625-575/550 a.C). Debe relacionarse con los materiales de la necrópolis de La Joya, cuya tumba 9 se ha fijado en el primer cuarto del siglo VI a.C. por la aparición del escarabeo de época de Psamético II. Estas relaciones se basan fundamentalmente en los cuencos a mano —del tipo C.III.c, según nuestra clasificación—, los platos de engobe rojo, cuyos diámetros oscilan entre 21 y 23 centímetros, y también las ánforas de saco de carenas en el hombro muy poco marcadas. A finales del siglo VII apuntan también las ánforas policromas de asas geminadas que apoyan en el borde y el vaso de cuello cilíndrico y baquetón central que, en Frigiliana y en Rachgoun, deben situarse a comienzos del siglo VI.

— Fase II (700/650-625 a.C). Hacia esta cronología apuntan los fragmentos de fuentes de ondulaciones exteriores bajo el borde y un pebetero. Las cazuelas indígenas también sufren modificaciones en la elaboración de sus bordes, exvasados, y sus diámetros.

— Fase I. Es la más antigua y debe situarse entre el siglo IX, o quizá antes, y 700 a.C. Se corresponde con los niveles más antiguos de El Carambolo y Setefilla.

Respecto a la cerámica a torno, nos hallamos dentro de un complejo que requiere más excavaciones y mayor número de material. Sus relaciones más inmediatas parecen las del bajo Guadalquivir y en menor medida con la zona malagueña. Como hipótesis, sugerimos una dependencia más estrecha de una colonia occidental, probablemente Cádiz —como parece deducirse de las excavaciones recientes del castillo de Doña Blanca en el Puerto de Santa María—, que parece haber tenido un papel muy importante en el proceso económico y cultural del mediodía peninsular.

El Cabezo de San Pedro no fue una factoría fenicia, sino esencialmente un poblado indígena relacionado estrechamente con el comercio fenicio, quizá del bajo Guadalquivir o Cádiz. Los elementos a torno más característicos y abundantes de las [-30-] fases II y III son los platos recubiertos de engobe rojo por el interior, de pasta gris y los que no poseen ningún tipo de engobe. Respecto a los platos de engobe rojo, parece que no guardan correlación sus tipos con los observados por Schubart en las factorías fenicias malagueñas, aconteciendo lo mismo en el valle del Guadalquivir. La ánforas aparecen, pero no con la frecuencia esperada, y pertenecen al tipo común de «saco», de hombros carenados y galbos piriformes. La cerámica policroma, presente en 77 fragmentos, constituye un porcentaje relativamente alto si tenemos en cuenta el área restringida de nuestros trabajos y los numerosos fragmentos decorados de engobe rojo.

### *Consideraciones acerca del Cabezo de San Pedro*

El Cabezo de San Pedro se ocupa por vez primera en una época anterior a las primeras colonizaciones semitas, en pleno Bronce final, que cronológicamente debemos situar entre los siglos X-IX a.C. Es evidente que, desde su comienzo, ocupa un lugar de privilegio y principal, en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel, como proyección a un comercio costero y mediterráneo, basado en la plata extraída de río Tinto o yacimientos metalíferos aledaños. El mapa arqueológico onubense muestra una concentración en la Edad del Cobre y Bronce final, como la propia Huelva sugiere, y también el yacimiento de San Bartolomé —término de Almonte—, cerca de la marisma del Rocío, donde las excavaciones realizadas han puesto de manifiesto un poblado del Bronce final y también posterior relacionado con la metalurgia y la plata. La potencia estratigráfica, cantidad y calidad de los materiales de San Pedro, y su excelente posición estratégica, sugiere un centro neurálgico para el comercio del metal. Las escorias recogidas en el transcurso de las excavaciones refuerzan la hipótesis. Este aliciente debió ser el motivo principal de la presencia fenicia en esa área y, en consecuencia, los inicios de un comercio activo, como se desprende de los trabajos de excavación. La existencia de los poblados de San Bartolomé, en Almonte, y Tejada la Vieja, en Paterna del Campo, sugieren una ruta hacia el bajo Guadalquivir y Cádiz del mineral, quizá en lingotes para ser trabajados. La extracción del metal debió suceder en pleno Bronce final, es decir, en una época en la que no se detecta con claridad la presencia fenicia.

[31-]

La fase II de San Pedro señala ya una presencia activa de los colonos semitas, como se deduce de la abundancia del material a torno. A su vez, estos contactos no debieron limitarse sólo al comercio, pues en el material indígena se observan cambios muy susceptibles, derivados de un proceso gradual de aculturación. Los diámetros de los platos a mano se reducen, coincidiendo con los de engobe rojo, e igualmente imitan sus formas. Son frecuentes los vasos cerrados o abiertos recubiertos de almagra, que imitan sin duda las cerámicas de engobe rojo. El porcentaje de la cerámica a torno en esta fase puede alcanzar el 15 o el 20 por 100 del material.

La fase III, hacia finales del siglo VII y primera mitad del siglo VI a.C., pone de manifiesto todavía una población indígena que usa su propia vajilla, aunque el aumento del material a torno es notable, alcanzando el 40 o 50 por 100 del material. Se observa también en la necrópolis de La Joya. Esta observación es de suma importancia para el análisis de la cultura ibérica o turdetana en esta zona. La fase III de San Pedro y necrópolis de La Joya, que alcanzan hasta mediados del siglo VI a.C., no manifiestan, ni siquiera en germen, lo que materialmente podríamos calificar de turdetano. Esto ha debido ser un fenómeno posterior, al menos para Huelva, lo que demuestra a la vez que el proceso de cambio y aculturación fue lento y que la población indígena fue el elemento predominante en el medio onubense. La Joya muestra, del mismo modo, una cultura esencialmente indígena que ha alcanzado un alto grado tecnológico, como se infiere de sus elementos metálicos, pero que mantiene gran parte de sus costumbres ancestrales.

### *Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María)*

Es el yacimiento más importante para el conocimiento de un puerto fenicio, que tenía gran población indígena. Está asentado en un estuario, enfrente de Cádiz. El poblado es

una colina artificial de unos 300 x 200 metros y consta de siete u ocho poblados superpuestos. La vida de la ciudad discurre desde comienzos del siglo VIII al siglo IV a.C.

Las viviendas más antiguas están levantadas sobre las rocas, con cimientos de mampostería y paredes de adobes o tapial, revocadas [-32-] de arcillas y encaladas, con pavimentos de arcillas rojas. Las cerámicas fenicias son de engobe rojo, platos, páteras, ánforas, *oinochoes* y cerámicas indígenas a mano.

A finales del siglo VIII a.C. y comienzos del siguiente, la ciudad se amplió, debido a su prosperidad. Los materiales fenicios son semejantes a los más antiguos de Toscanos.

Se superpone un estrato de la mitad del siglo VII a.C. con materiales semejantes a los de Trayamar. La cerámica indígena es sustituida por la fenicia.

Fue este siglo VII a.C. un siglo de gran prosperidad material y desarrollo comercial. Es una época de intensas relaciones comerciales con los poblados de El Carambolo, Cerro Macareno, Setefilla, Medellín, Peña Negra, etc. Se crea ahora una estructura social fuerte, bien patente en los túmulos de Los Alcores y Setefilla.

A comienzos del siglo VI a.C. se documentan cambios. Aparecen la primera cerámica griega, ánforas SOS de transporte de aceite, áticas, samias, corintias y copas jonias y áticas.

Durante el siglo V a.C. la ciudad se remodela, con una calle y viviendas rectangulares de varias habitaciones, con zócalos de mampostería, paredes de tapial, cubiertas con techos de madera y vegetales. Los pavimentos son de arcilla roja o de pequeñas piedras. A veces tienen almacenes. Se han descubierto un horno de pan y un molino de aceite. Al lado hay una zona de almacenes de carácter público, junto al puerto, lo que indica el carácter comercial del poblado. A los comienzos del siglo V a.C. se atestigua la industria de salazones. A partir de este momento las ánforas hispanas aparecen en Corinto. Otras factorías de salazón se hallan en la costa, desde Guadalete al Salado.

En la segunda mitad del siglo IV se abandonó el poblado, que mantenía relaciones fuertes con el norte de África.

Este poblado no llega más allá del siglo VIII, pero la doctora Bikay, del Instituto Arqueológico Norteamericano de Ammán, me comunica que en Málaga hay cerámicas de Tiro del siglo X a.C.

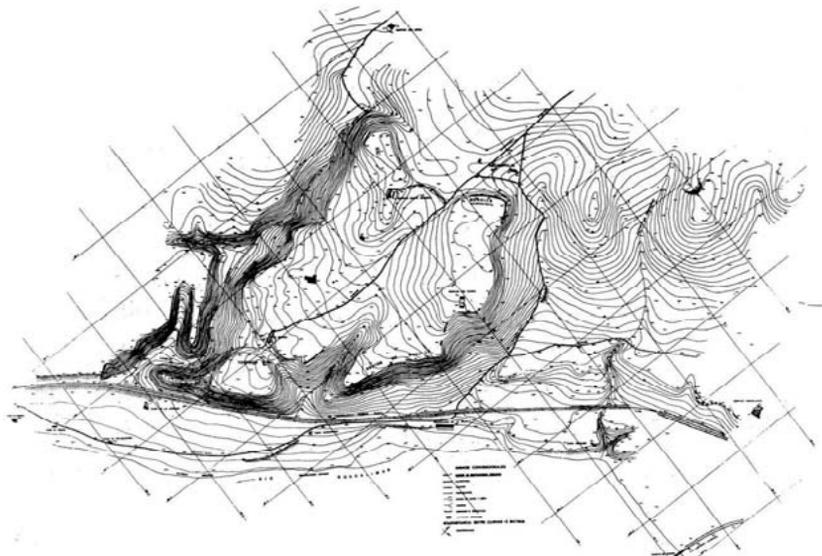
[-33-]

*Cástulo*

Durante las campañas arqueológicas de los años 1978 y 1979 se excavó en el paraje denominado La Muela, al pie del cerro del mismo nombre que forma parte del solar de la antigua ciudad de Cástulo, un conjunto de construcciones que parecen enmarcar un recinto cuyas características, como expondremos, nos hacen pensar que se trata de un santuario al aire libre. No vamos a detallar ahora la metodología de la excavación, que nos llevaría demasiado tiempo, ya que estas construcciones se presentan muy complicadas a causa de haber sufrido varias destrucciones y posteriores reconstrucciones, todo ello en un lapso relativamente breve. Podemos asegurar que algunas de estas destrucciones fueron debidas a causas naturales y concretamente a varias inundaciones, una de ellas especialmente catastrófica, que han dejado huellas claras en la estratigrafía. El conjunto que presentamos se halla situado hoy a unos 25 metros de la orilla derecha del río Guadalimar y a unos 7 metros por encima del nivel de

sus aguas. Sin embargo, en la época en que fueron alzados los muros, éstos debían de hallarse al borde mismo del río, como indican claramente las acumulaciones del limo y guijarros que se advierten en los estratos y que responden a crecidas estacionales en unos casos y a desbordamiento catastróficos en otros. Estas acumulaciones, por otra parte, nos han servido para delimitar sectores exteriores e interiores de las construcciones y para establecer diversas fases en la historia de la edificación.

Las etapas y fases constructivas en que se desarrolló la edificación primitiva y sus posteriores reconstrucciones es la siguiente: El estrato inferior del yacimiento es una gruesa capa de arena de río «asperón» en la que se instalaría un taller de fundidores de plata; de su actividad han quedado huellas patentes: una gran tinaja empotrada en la arena, que por ello ha aparecido prácticamente intacta, en cuyo interior se hallaron dos morteros de metalúrgico: dos grandes bolas de piedra arenisca con sus correspondientes cazoletas excavadas. Sobre la capa de asperón aparecen los restos de un largo muro hecho de grandes cantos rodados colocados en la base en dos hiladas paralelas y con alzado de cantos menores del mismo tipo que ahora aparecen desplomados en un tramo y han desaparecido en el resto. Este [-34-] muro apareció embutido en un grueso estrato de arcilla muy fina y compacta, que parece haber sido depositada por una inundación; contenía escasos fragmentos de cerámica sueltos y sin indicios de ocupación. En principio puede pensarse que este muro sirvió de zócalo a una construcción, pero más parece una obra hidráulica, dique o represa para desviar las aguas del río.



Plano de Cástulo (Linares, Jaén).

Directamente sobre la capa de limo endurecido y en sentido transversal al muro descrito se levantó otro lecho también de cantos rodados que presenta la particularidad de haberse utilizado losas delgadas de arenisca cada tres hiladas para igualar y consolidar la obra; las piedras están cementadas con un mortero muy duro y consistente de arcilla muy fina —seguramente limo del río— mezclada con una pequeña cantidad de cal. Este sistema de construcción es idéntico al utilizado en un edificio de la factoría paleopúnica de Toscanos<sup>22</sup>.

Este muro se interrumpe hacia poniente para dejar libre paso a un camino enlosado

<sup>22</sup> H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, *Toscanos*, Madrid, 1969, págs. 41 y ss.

con dos hileras paralelas de bloques planos de arenisca que penetra en el interior del recinto y, junto [-35-] al muro descrito, avanza hacia levante. Al otro lado del acceso hay un muro tosco, de bloques sin desbastar, que parece una reconstrucción. La parte superior del primer muro y el segundo sirvieron de cerramiento único al recinto en una determinada época, ya que contuvieron la inundación catastrófica a que antes hemos hecho referencia.

El muro tosco que hemos descrito en último lugar forma ángulo agudo, pero sin piedras pasaderas entre ambos, con otro muro que corre hacia el sur y que también sufrió la acometida de la inundación; en efecto, a un nivel de la cara superior de la gruesa capa de guijarros y limo que depositó la inundación, aparece reconstruido, pero de forma que el nuevo alzado apoya en parte sobre el muro anterior y en parte sobre la capa de guijarros. En otros puntos de la excavación se advierten otras cimentaciones — tres al menos— sobre la capa de guijarros.

El muro de cantos rodados enlaza hacia levante con un conjunto de construcciones que, desgraciadamente, no hemos podido exhumar en su totalidad, por limitar con el camino vecinal que debíamos respetar. El espacio de que disponíamos para excavar, sin embargo, nos permitió exhumar en su totalidad una construcción rectangular que nos parece el ámbito más interesante de todo este complejo. Esta construcción mide aproximadamente 2,50 por 5 metros y aparece cerrada únicamente en su base, ya que fue reconstruida al menos en tres ocasiones, ampliándose progresivamente por dos de sus lados, el que mira al interior del recinto y el lado sur, que actualmente coincide con el borde del talud en que se ha llevado a cabo la excavación.

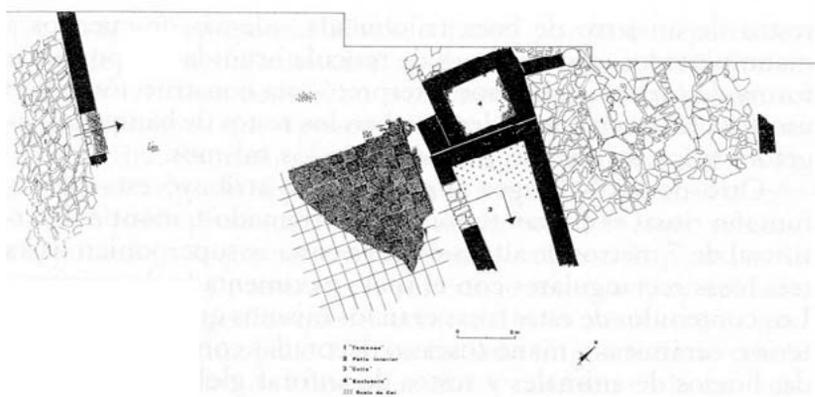
El alzado de este edificio presenta cuatro etapas constructivas. Las dos inferiores están hechas de cantos rodados y enlazan, al parecer, con el muro de iguales características ya descrito. En el interior del edificio hay indicios de que las sucesivas reconstrucciones se hicieron de modo que quedara un acceso escalonado, las dos últimas fases están hechas con técnica y materiales distintos de las anteriores. El alzado es de bloques irregulares y sin labrar, dispuestos a dos hojas y con relleno de cantos menores, todo ello cementado con el mismo mortero de arcilla fina al utilizado en las fases anteriores. En la última reconstrucción hemos hallado fragmentos de adobes hechos del mismo material, que poseen la dureza del ladrillo cocido. Adobes [-36-] semicocidos de este mismo tipo han aparecido en Toscanos, sobre todo en sus estratos antiguos<sup>23</sup>.

Las hiladas superiores corresponden a la última fase constructiva del edificio, en que el recinto en su conjunto presenta interesantes novedades con respecto a las fases anteriores. En el exterior del edificio que acabamos de describir, los sucesivos estratos consistían en capas de color oscuro y manchas de ceniza alternadas con estratos de arcilla limpia que sirvió para sentar un gran pavimento de guijarros blancos y negros dispuestos en forma de ajedrezado, bastante bien conservado en el centro del recinto y muy deteriorado en sus bordes, que ya fueron objeto de varias reparaciones en época antigua. A juzgar por lo restos que hemos logrado documentar, el pavimento original mediría más de 50 metros cuadrados. Los bordes fueron rehechos con menor cuidado que la obra original; los cuadros de ésta miden entre 42 y 44 centímetros de lado y están hechos exclusivamente de guijarros blancos y negros de tamaños muy regulares. En los bordes, por el contrario, se emplearon guijarros desiguales y mezclando los de río con piedras irregulares de color cárdeno. Otra diferencia consiste en el tema decorativo, que en los bordes es de «postas», frecuente en la cerámica griega e ibérica levantina o en la

<sup>23</sup> H. Schubart - H. G. Niemeyer - M. Pellicer, cit., págs. 142 y ss. 36.

cistas de piedra de Galera, en contraste con la severidad de la obra original.

En el interior del edificio rectangular, y también a un nivel de la hilada inferior de la última reconstrucción, apareció un paquete de tres suelos de tierra batida con enlucidos de cal. Este paquete de suelos apoyaba sobre una capa de cantos rodados, que probablemente corresponden a un desmoronamiento de la obra antigua, ya que aparece a un nivel de la penúltima reconstrucción. Bajo esta capa de piedras aparece el relleno primitivo del edificio, interrumpido en algunos puntos por otros desmoronamientos de cantos rodados. Consiste este relleno en un grueso paquete de finos estratos formados exclusivamente por cenizas, huesos de animales y gran cantidad de cerámica rota, al parecer, intencionadamente *in situ*. En principio pensamos que podría tratarse de un vertedero, pero al descubrir las sucesivas reconstrucciones y teniendo en cuenta además el magnífico pavimento de guijarros ya descrito, creemos que más bien se trata [-37-] de un depósito ritual y que todo el conjunto de edificaciones es en realidad un santuario al aire libre al que iba aneja esta fosa ritual y el resto de las construcciones.



Santuario de Cástulo (Linares, Jaén).

Este tipo de construcciones rituales no es realmente nuevo en la Península Ibérica. Ciñéndonos a un ámbito geográfico próximo y cronológicamente paralelo, en los Alcores de Carmona halló G. Bonsor dos recintos muy semejantes a éste. El primero es el que el citado autor llamó «roca de los sacrificios de El Acebuchal»<sup>24</sup>, en cuyas cercanías había además un conjunto de edificios en torno a un gran patio pavimentado de guijarros<sup>25</sup>. La gran roca a que se refiere Bonsor llevaba adosada una construcción de planta rectangular rellena de cenizas, piedras quemadas, hachas de piedra pulimentada y numerosos fragmentos de «cerámica indígena», es decir, cerámica a mano en que abundan los cordones en relieve y las decoraciones incisas<sup>26</sup>. Los estratos superiores del conjunto de edificios y del recinto rectangular contenían cerámica a torno de tipo orientalizante: ánforas globulares, soportes trípodes, lucernas bicornes, [-38-] restos de un jarro de boca trilobulada, además de cuencos a mano pintados, decoraciones de retícula bruñida y soportes en forma de carretes<sup>27</sup>. Bonsor interpretó esta construcción como una fosa ritual en que se depositaban los restos de banquetes sagrados y los

<sup>24</sup> G. Bonsor, *Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Betis*, París, 1899, págs. 96 y ss.

<sup>25</sup> *Ibid.* y págs. 95 y ss.

<sup>26</sup> *Ibid.*, figs. 52-70.

<sup>27</sup> *Ibid.*, figs. 71, 74, 81-84, 86-87, 89-95, 97, 99 y ss.

recipientes utilizados en los mismos.

Otro de los hallazgos al que Bonsor atribuyó esta misma función ritual es el gran túmulo de Entremado<sup>28</sup>, montículo artificial de 7 metros de altura en cuya cima se superponían hasta tres fosas rectangulares con el suelo pavimentado de guijarros. Los contenidos de estas fosas eran los mismos que en el caso anterior: cerámicas a mano toscas o decoradas con retícula bruñida, huesos de animales y restos de ánforas globulares<sup>29</sup>. Entre estos materiales destacan algunos fragmentos excepcionales con decoración orientalizante<sup>30</sup>.

Todavía señala Bonsor la existencia de varios túmulos formados del mismo modo y posiblemente con la misma funcionalidad ritual en Alcaudete, Vientos y Parias, con alturas, respectivamente, de 30, 20 y 14 metros.

No parece, en cambio, que haya semejanzas entre el recinto de Cástulo y los templos y santuarios conocidos en el ámbito propiamente ibérico<sup>31</sup>. Algunos de éstos se hallan situados en las inmediaciones de un manantial; casi directamente bajo la fosa de La Muela brota actualmente un manantial, pero dadas las transformaciones que ha sufrido el terreno, no es posible asegurar que tenga alguna relación con las edificaciones superiores. Las fosas de consagración que aparecen en los santuarios ibéricos están destinadas a depositar exvotos, pero no contienen restos de sacrificios. En los estratos sellados por el pavimento de guijarros hemos hallado, sin embargo, algunos objetos que podrían tener un significado religioso. Se trata, en primer lugar, de unos objetos de cerámica tosca, de forma oblonga con incisiones en los bordes por ambos lados, de los que dos han aparecido completos, y fragmentos de al menos otros dos, [-39-] que podrían representar ídolos, a juzgar por su semejanza con otros, de piedra, hallados en el poblado hallstático de Cortes de Navarra<sup>32</sup>. Cabría pensar, en este caso, en una posible función de exvotos, igual que a propósito de un pequeño ídolo o amuleto de piedra, fragmentado, que hemos hallado en el mismo lugar. El otro tipo de objetos a que nos referimos son unas cazoletas cuyo perfil presenta cierta semejanza con el de algunas lucernas púnicas, aunque no tenemos indicio alguno de picos; están hechas a mano y presentan la superficie interior muy cuidada, con un baño de grafito que les confiere brillo metálico o de pintura roja «a la almagra». Hemos hallado fragmentos de por lo menos una docena de estos recipientes, también en la explanada que daba frente al recinto rectangular; tienen la particularidad de presentar la superficie exterior rugosa, sin trabajar, y con indicios de que iban adosados a una base de cerámica.

Tampoco parece que pueda establecerse una relación entre el recinto de La Muela y los templos griegos arcaicos, en que el témenos está en relación con un altar y una *cella* destinada a albergar simbólicamente o en imagen la presencia de la divinidad; las fosas existentes en algunos de ellos se destinan a recoger los exvotos acumulados en número excesivo en los tesoros<sup>33</sup>. Mayor parecido vemos con los santuarios chipriotas del período arcaico, como el de Ayia Irini, en los que se perpetúa un culto viejísimo certeramente ilustrado en la terracota de Vounos que representa un témenos en el que se

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, págs. 100 y ss.

<sup>29</sup> *Ibid.*, figs. 92-95, 97.

<sup>30</sup> J. Remesal Rodríguez, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEA*, 48 (1975), págs. 3 y ss, especialmente fragmentos 10-13.

<sup>31</sup> J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid, 1975, s.v. «santuario, templo».

<sup>32</sup> J. Maluquer de Motes, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico*, I, Pamplona, 1954, pág. 131.

<sup>33</sup> E. O. James, *El templo*, Madrid, 1966, págs. 215 y ss.

desarrolla un rito que incluye el sacrificio de toros<sup>34</sup>. En el recinto de La Muela hay también una cocina; en efecto, el ángulo agudo que forman los muros situados a poniente tenía esa función, como lo acredita un grueso estrato de cenizas claras, de unos 40 centímetros de espesor, que lo ocupaba totalmente y donde aparecieron cerámicas propias de cocina. Una buena ilustración de estos cultos serían las escenas que se narran en Samuel 1, 1-9 y 2, 11-17, en que aparecen las familias israelitas cocinando en el santuario de Silo las carnes que van a ser ofrecidas luego en sacrificio y consumidas por los sacerdotes y los oferentes.

[-40-]

En cuanto a otros materiales hallados en nuestra excavación, hemos de destacar la extraordinaria cantidad y riqueza en formas y decoraciones de la cerámica a mano, de tradición indígena, frente a una pequeña proporción de cerámicas a torno; éstas, al final de la segunda campaña, vienen a ser únicamente un 2 por 100 de los fragmentos recogidos. Los fragmentos a torno corresponden a formas bien conocidas en los establecimientos tartésicos de la baja Andalucía: platos, cuencos y cazuelas de cerámica gris, a veces espatulatos a torno, con superficies tersas y brillantes; platos y tazones de barniz rojo; dos fragmentos mínimos de cuello y borde de un jarro de barniz rojo de boca trilobulada; bordes de platos de barniz rojo con incisiones circulares hechas a punzón después de la cocción. Pero lo que más abundan son los fragmentos de ánforas de tipología púnica: ánforas globulares de tipo «Cruz del Negro» con decoración de bandas y series de círculos concéntricos o de simples bandas; una boca de ánfora con asas de tres tendones; fragmentos de grandes ánforas decoradas con bandas.

Hay indicios de que estas cerámicas a torno eran un producto raro y muy estimado; en efecto, es frecuente el hallazgo de fragmentos que, después de rotos, eran limados y retocados; así, tenemos varias peanas de cerámica gris retocadas que quizá se utilizaban, a juzgar por la curva del retoque, como pulidores para la cerámica a mano. Tenemos además imitaciones a mano de piezas a torno.

Como hemos indicado, estas cerámicas a torno parecen importadas en Cástulo. Hemos podido comparar nuestros fragmentos con otros procedentes del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) y apreciar que son idénticas las pastas, así como el tratamiento de las superficies y las decoraciones. Para algunos fragmentos de barniz rojo tenemos paralelos exactos en El Carambolo<sup>35</sup>. Las ánforas globulares, aparte de los conocidos paralelos de los Alcores, y en especial de la Cruz del Negro<sup>36</sup>, tienen también paralelos en los hallazgos de la necrópolis de Medellín<sup>37</sup>, aunque el tipo de decoración, con banda central adornada [-41-] de series de círculos concéntricos, que parece ser el preferido de Cástulo, tiene paralelos más acusados en los estratos bajos de la Colina de los Quemados (Córdoba)<sup>38</sup> y en Frigiliana<sup>39</sup>.

Entre las aportaciones más interesantes de nuestra excavación hay dos fragmentos a

<sup>34</sup> V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968, págs. 199 y ss.

<sup>35</sup> J. de M. Carriazo, cit., con incisiones hechas después de la cocción; barniz del tipo I, de la clasificación de Tarradell.

<sup>36</sup> G. Bonsor, cit., fig. 193.

<sup>37</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el período orientalizante en Extremadura*, cit., págs. 287 y ss., para la tipología de este tipo de ánforas en Extremadura.

<sup>38</sup> J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Las raíces de Córdoba*, Córdoba, 1973.

<sup>39</sup> M. Pellicer, «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas», *SPP*, 5, Barcelona, 1969, págs. 291 y ss.; A. Arribas - J. Wilkins, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras, Frigiliana, Málaga», *Pyrenae*, 5 (1969), págs. 185 y ss. Sobre candelabros con flores de loto, H. M. Mathaus, «Bronzene Kandelabren mit Blattuberfall», *Acta Cypria*, Jonsered, 1992, págs. 214 y ss.

torno y uno a mano decorados con una imprimación de pintura roja sobre la que se han trazado con pintura blanca trazos sinuosos enmarcados por series de líneas paralelas. Este hallazgo nos indujo a revisar algunos materiales ya publicados<sup>40</sup> y otros inéditos que se hallan depositados en el Museo de Linares (Jaén). Este segundo lote, que damos a conocer ahora por su indudable interés, consta de cerámicas hechas a mano y a torno. El rasgo común de todo este conjunto es la decoración de pintura blanca, casi siempre sobre una imprimación en rojo.

Los fragmentos a mano corresponden a grandes tinajas de pastas groseras, al parecer tres en total, que describimos a continuación:

1. Seis fragmentos, dos de ellos concertados; superficie rugosa y cubierta de una imprimación de pintura roja «a la almagra», de color vivo y bien adherida. Se aprecia una decoración de retículas enmarcando cuadros con temas florales, trazos sinuosos entre líneas paralelas.

2. Seis fragmentos, concertados dos y dos; superficie de color gris oliváceo cuidadosamente espatulada. No hay indicios de imprimación en rojo. La decoración consiste en una banda con el tema de cable o *guilloche*, reticulados y series de líneas paralelas.

[-42-]

3. Siete fragmentos de tinaja; superficie finamente alisada y con una imprimación de pintura «a la almagra». La decoración consiste en reticulados entre líneas paralelas que parecen formar cuadrados.

Los fragmentos a torno corresponden a ánforas. Las pastas están bastante depuradas, con finas inclusiones de cuarzo y cerámica molida, de color ladrillo claro. Todos llevan una imprimación de pintura de color carmín fuerte, sobre la que va, trazada en blanco, la decoración:

4. Dos fragmentos con decoración de líneas que enmarcarían otros temas ahora irreconocibles.

5. Dos fragmentos con decoración de líneas paralelas que enmarcarían otros temas ahora irreconocibles.

6. Cuatro fragmentos, dos de ellos concertados, de cuello y pared de un ánfora. Los temas decorativos son un reticulado en el cuello, series de trazos sinuosos, líneas paralelas y un ajedrezado obtenido mediante el recurso de dejar en reserva el fondo de la imprimación de la pintura roja.

El interés de estas cerámicas radica en el hecho de que nos documentan el impacto de los productos del comercio fenicio en las poblaciones del interior. Los temas de reticulado son característicos de las cerámicas a mano pintada que aparecen en nuestra excavación. El tema de cable o *guilloche* se documenta en grandes tinajas a mano. El tema floral del fragmentos núm. 1 recuerda unas piezas de filigrana del tesoro de La Aliseda<sup>41</sup> que probablemente servía de aplique sobre tela; ello hace pensar que el modelo de estas decoraciones pudieron ser las telas preciosas procedentes del comercio fenicio; los finos reticulados que decoran nuestras cerámicas quizá traten de imitar la trama de los tejidos. En cuanto al tema de *guilloche* o cable, aparece en los marfiles orientalizantes, de los que han aparecido en Cástulo escasos fragmentos, pero

<sup>40</sup> A. Blanco, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *Oretania*, 19 (1965), páginas 7 y ss., con la revisión de estos materiales en J. M. Blázquez - J. Valiente, «El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo», *Coloquio Internacional sobre las colonizaciones fenicias*, Colonia, 1979.

<sup>41</sup> M. Almagro Gorbea, cit., pág. 210.

significativos<sup>42</sup>.

Las decoraciones de pintura blanca de Cástulo tienen un paralelo [-43-] estricto en cuanto a la técnica en las cerámicas llamadas «de estilo Medellín»<sup>43</sup>, pertenecientes al estrato de base de esta necrópolis, con temas que presentan la misma mezcla de lo indígena y lo orientalizante. También se documenta esta técnica en piezas procedentes de La Guardia (Jaén)<sup>44</sup>. En ámbitos más lejanos, pero quizá conectados con Cástulo, aparece la técnica de pintura blanca sobre imprimación en rojo en relación con las invasiones de los campos de urnas<sup>45</sup>. El tema de trazos sinuosos en pintura blanca sobre fondo rojo es conocido en cerámicas pintadas de la Meseta<sup>46</sup>. En Cástulo, este tema se explicaría como una simplificación del cable o *guilloche*.

En nuestra excavación hemos hallado escasos fragmentos metálicos: una punta de lanza, una fibula de doble resorte con plaquita ornamental y un cuchillito de hierro, aparte de algunos lingotes pequeños de plomo de nula significación; estas piezas están actualmente en curso de restauración. Podemos adelantar que la fibula y el cuchillito son semejantes a los hallados en una tumba del túmulo A de Setefilla<sup>47</sup>.

En cuanto a la cronología de los estratos subyacentes al gran pavimento de guijarros y a los correspondientes suelos de tierra del interior del edificio rectangular, a los que pertenecen los materiales de nuestra excavación antes reseñados, nos remitimos a nuestro estudio sobre la fase orientalizante en Cástulo<sup>48</sup>, [-44-] en que le asignamos una datación entre comienzos del siglo VII y las primeras décadas del VI a.C.<sup>49</sup>.

En comparación con otros ámbitos sincrónicos del bajo Guadalquivir, Cástulo se caracteriza por una fuerte pervivencia del elemento indígena, que parece proyectarse en dos sentidos: asimilación de novedades dentro de su propio mundo (cerámicas indígenas con temas decorativos orientalizantes), adquisición de productos de lujo (bronces orientalizantes, marfiles, tejidos preciosos) y cierta lentitud al mismo tiempo para cambiar a las formas y los procedimientos industriales nuevos (bruñido de las cerámicas grises a torno; vuelta a los temas decorativos indígenas en las cerámicas claras con

---

<sup>42</sup> Fragmento de marfil de las necrópolis del Estacar de Robarinas y Molino de Caldonga; cfr., respectivamente, J. M. Blázquez - J. Remesal, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo», *CAN*, 13 (1975); A. Arribas - F. Molina, «La necrópolis ibérica del Molino de Caldonga, Finca Torrubia», *Oretania*, 28-33 (1968-69), págs. 160 y ss., especialmente págs. 173 y ss.

<sup>43</sup> M. Almagro Gorbea, cit., pág. 348.

<sup>44</sup> A. Blanco, cit., pág. 27; cfr. J. J. Jully, «Koiné commerciale et culturelle phénico-punique et ibero-languedocienne en Méditerranée Occidentale a l'Age du Fer», *AEA*, 48 (1975), pág. 33.

<sup>45</sup> T. Ortego, «Celtas en tierras de Soria y Teruel», *CAN*, 2 (1951), páginas 285 y ss. En cuanto a una posible relación entre Cástulo y la Meseta, hemos de señalar que en nuestra excavación de La Muela ha aparecido un notable conjunto de cerámicas grafitadas; cfr. J. M. Blázquez - J. Valiente Malla, *Cerámicas grafitadas del poblado de La Muela de Cástulo*.

<sup>46</sup> M. Almagro Gorbea, *La necrópolis de "Las Madrigueras", Carrascosa del Campo, Cuenca, BPH*, 10 (1969), págs. 74, 110 y ss.

<sup>47</sup> M. E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, cit., fig. 23, 5 y 7.

<sup>48</sup> J. M. Blázquez - J. Valiente, *El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo*, cit., conclusiones; sobre Cástulo, J. M. Blázquez y otros, *Cástulo*, I-IV, Madrid, 1975-85; M. P. García-Gelabert - J. M. Blázquez, *Cástulo, Jaén, España. I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas siglo IV a.C.*, *BAR International Series 425*; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, *Cástulo, ciudad ibero-romana, Madrid*, 1992. Una síntesis de las excavaciones de Cástulo: J. M. Blázquez, «Cástulo, capital of the mining district of Oretania», *Papers in Iberian Archaeology, BAR International Series 193* (II), 1984, páginas 396 y ss.

<sup>49</sup> Sobre yacimientos paralelos de esta época en el valle del Guadalquivir y comarcas adyacentes, cfr. una buena panorámica en M. E. Aubet, cit., págs. 153 y ss. Es fundamental para el sur hispánico: M. E. Aubet y otros, *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989.

decoración de pintura blanca; estilización acusada de los temas florales orientalizantes y preferencia por los geométricos), hasta el punto de que se tiene la impresión de una cierta resistencia por parte del elemento indígena, que se mantiene fuerte en sus propias tradiciones. J

Por otra parte, la penetración de los aportes orientalizantes en Cástulo parece haberse producido a partir no de los establecimientos fenicios de la costa, sino por mediación de algún centro tartésico, es decir básicamente indígena, que ya habría asimilado la cultura, al menos material, aportada por las colonias semíticas. Este centro estaría localizado no en el Estrecho (Cádiz o sus dependencias), sino más en el interior: Asta Regia, Cerro Macareno o El Carambolo, por ejemplo. De estos centros dependerían para todo lo relacionado con el intercambio de productos orientalizantes por metales los centros mineros del interior, como Cerro Muriano, Colina de los Quemados o Cástulo.

[-45-]

*Medellín*

El poblado y la necrópolis de Medellín han sido excavados y dados a conocer en los últimos años por M. Almagro Gorbea<sup>50</sup>, e indican muy bien la penetración de los influjos fenicios muy en el interior, en tierras ricas en estaño superficial (Plin., *NH*, 34, 156). Su inicio debe fecharse antes del año 800 a.C. y cae dentro del Bronce final, pero con seguros elementos de origen meridional relacionados con los primeros influjos orientalizantes en Occidente. Se caracteriza este período por la presencia de cerámica de retícula bruñida, por la cerámica llamada tipo Carambolo, por la ausencia de cerámica fabricada a torno, y quizá por las primeras importaciones de cerámica hecha a torno. A continuación siguen las primeras producciones locales a torno y la cerámica llamada tipo Medellín, que también aparece en Cástulo.

Este primer período en Extremadura se puede denominar de la ría de Huelva, por ser esta ría uno de los principales centros típicos de esta etapa y por estar los broncees del famoso depósito (espadas, lanzas, hachas de talón y anilla) muy extendidos por toda Extremadura. Los yacimientos típicos, además de Medellín, son el de Valcorchero, fácilmente identificable con el de Boquique. Se caracteriza este período por la sustitución de la irradiación cultural procedente del oeste peninsular por la llegada del mediodía. La sustitución debió ser paulatina. La orfebrería debió ser una continuación de la anterior, como lo indica el hecho de que los torques de Berzocana<sup>51</sup> están asociados a una pátera de bronce de tipo chipriota. La minería de oro y estaño, así como la orfebrería, estimularon la llegada de estos influjos orientalizantes, que creemos que también quedan reflejados (escudos con escotaduras en V, fíbulas de codo, espejos, carros) en las citadas estelas extremeñas, que se fecha ya alguna en este período. Incluso la llegada de las cerámicas tipo Carambolo y de retícula bruñida confirman estas influencias meridionales, que proceden en origen del Mediterráneo oriental, que fueron [-46-] traídas por los fenicios, y que señalan su presencia en la costa. Hubo, pues, un comercio de objetos suntuarios, y posiblemente de telas ricas citadas por el profeta Ezequiel (27, 7, 16, 24) como objeto típico del comercio de Tiro: «Traficaban contigo en vestidos de lujo, mantos de púrpura violeta y bordados abigarrados, tapices multicolores, cuerdas sólidamente trenzadas», que utilizaba una élite aristocrática

<sup>50</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 287 y ss.

<sup>51</sup> *Ibid.*, cit., págs. 22 y ss.; *Id.*, «Orfebrería del Bronce Final de la Península Ibérica», *TP*, 29 (1972), págs. 55 y ss. La tendencia más moderna es a levantar la cronología de estos objetos.

guerrera, que era la que se enterraba debajo de las estelas grabadas, que vivía sobre el campo y que debía controlar el comercio y los caminos. Se da ahora un desarrollo preurbano, que demuestra un cambio social y económico, con desarrollo del ganado mayor, tipo bovino, como en el sur (El Carambolo, Cabezo de San Pedro y Mesa de Asta). Se caracteriza este período por una mezcla de elementos atlánticos, como las espadas de carpa, los cascos de cresta o de cuernos, con otros procedentes del Mediterráneo oriental, como los carros, los escudos con escotadura en V y las fíbulas de codo, y otros llegados de Centroeuropa (cascos de bronce con cresta de Huelva, representados en las estelas grabadas extremeñas), que prueban la llegada hasta Occidente de gentes de los campos de urnas de Centroeuropa, cuya importancia étnica fue escasa, pero no su influjo social y cultural; trajeron seguramente el rito de la incineración y el uso del enterramiento en una. De su presencia en estas regiones quedan huellas en la onomástica, en la religión y en la toponimia. La presencia de los fenicios asentados en la costa se puede deducir indirectamente de la cronología que da M. Almagro Gorbea a una serie de objetos traídos por ellos a Occidente, como son las fíbulas de codo, los escudos con escotadura en V y los carros, que los fecha en torno al siglo IX o incluso en el siglo X a.C.

El segundo período en Medellín, llamado orientalizante reciente, se fecha a partir de final del siglo VIII a.C. y termina antes de 600 a.C. Se caracteriza por la aparición de la vida urbana y por una penetración masiva de elementos orientalizantes, que desplazan progresivamente los característicos del Bronce final, lo que indica un intenso comercio con el sur y una fuerte asimilación. Se generaliza el uso del torno de alfarero y del hierro, que quizá llegó en el período anterior. Termina la cerámica de retícula bruñida y aumenta la de tipo Medellín.

El tercer período de Medellín, llamado orientalizante tardío, abarca de 600 a.C. hasta mediados del siglo V a.C., fecha en [-47-] que se detectan elementos de origen posiblemente meridional, de la cultura turdetana. Se caracteriza esta tercera fase de la vida del yacimiento por la generalización del uso del torno, el afianzamiento de la cerámica gris, las importaciones de barniz rojo y el predominio de las urnas decoradas a bandas.

En la etapa orientalizante antigua el comercio de objetos de lujo en Extremadura se organiza mejor. Se intercambian por materias primas, oro y estaño, mencionados por el profeta Ezequiel (27,12), en compañía del hierro y del plomo, como objetos traídos de Tarsis, y tal vez, como sugiere M. Almagro Gorbea, por pieles, carnes y esclavos, citados como mercancía fenicia de intercambio (Ez. 27, 13). Somos de la opinión que el comercio de estos últimos fue de capital importancia. A estos objetos pertenecen los jarros de bronce, como el de Coca, que hablan de una penetración muy al interior de estos objetos y de los ritos funerarios con ellos relacionados, y también, en opinión de M. Almagro Gorbea, los carros, escudos circulares, espejos y peines de las estelas decoradas extremeñas de la variante II C-D, al igual que las fíbulas de pivote y aguja libre de Sanchorreja (Ávila). Continúan los mismos ritos funerarios, lo que prueba una continuidad social y religiosa con el período anterior. Hace su aparición las imitaciones locales de cerámicas a torno, lo que señala la existencia de un artesanado y los primeros grafitos, que son simples signos, que demuestran una vez más unas relaciones intensas con el Sur.

Estas relaciones comerciales modifican, en la fase orientalizante reciente, los ritos funerarios, la religión y la organización social. La maciza orfebrería de oro del período anterior es sustituida por otra, que se supone procedente de las factorías asentadas en la

costa y muy particularmente de Cádiz, fabricadas con técnicas traídas por los fenicios, como el granulado, el repujado y la filigrana. Algunas joyas son importadas (La Aliseda) de fuera de la Península, las piedras preciosas de este tesoro proceden seguramente del Sinaí, pues Tiro comerciaba con ellas (Ez. 27, 16, 22), al igual que la botella de vidrio tallada de La Aliseda, obra de norte de Siria. Otras joyas proceden de talleres del sur (Cádiz).

Las ánforas indican un nuevo comercio de líquidos, aceite o vino. Ahora se debió introducir el cultivo de la vid. Enseguida fueron copiadas por alfareros locales. La existencia del aceite [-48-] queda demostrada por la presencia de lámparas de aceite, aunque este sistema de iluminación no se generalizó, pues su número es escaso. Aceite y vino eran líquidos con los que comerciaba Tiro, según Ezequiel (27, 17-18) y fueron traídos aquí por los fenicios.

La ganadería mayor continuó teniendo una importancia mayor que la menor (cabras y ovejas), en número doble con respecto al ganado porcino. El caballo es escaso, aunque Hispania abundaba en ellos (Str. 3, 4, 15), lo que indica que no se comía o que era animal de lujo. El ciervo es muy abundante.

En Medellín, en este período, hacen su aparición los crisoles y escorias de bronce en el poblado, así como el hierro y los grafitos, que son marcas sobre cacharros, y que demuestran que, al menos algunos, conocían el uso de la escritura; al parecer los grafitos son fenicios, todo lo cual confirma las intensas relaciones con los pueblos del mediodía, mediante caminos bien trazados, la presencia de artesanos, metalúrgicos y de comerciantes, junto a una élite aristocrática, fuertemente semitizada, que se enterraba en túmulos, siguiendo el ritual fenicio, y usaba en él jarros y braseros, como en Carmona y en Setefilla.

Se ha pensado que estas gentes extremeñas se desplazan hacia el sur, llegando hasta Cádiz, como mercenarios primero y después como jefes. El rito de enterramiento en túmulos es coetáneo en la necrópolis de Medellín al de las urnas y sería un indicio, al igual que en Carmona, de una diferencia de clases, de gentes acomodadas, pero de inferior riqueza, que las que se enterraban en los túmulos. M. Almagro Gorbea piensa que pertenecen a artesanos y comerciantes de centros urbanos.

Se asimilan en este período, según se aludió ya, los ritos traídos por los fenicios. El brasero y jarro de La Aliseda se utilizó en el mismo ritual que los empleados en Huelva, en Niebla y en Carmona, ritual muy extendido por Extremadura y regiones situadas al norte, según lo da a entender la presencia de los jarros y braseros de Mérida, Siruela, Villanueva de la Vera, Coca y Sanchorreja (cinturón con grifo y palmeta de cuenco). El mismo rito se practicó en Cartago, Etruria, Chipre y Fenicia en el período orientalizante. Estos ritos son pruebas en Extremadura de una profunda semitización en estas gentes, ya que la religión evoluciona y cambia mucho más lentamente que otros aspectos [-49-] culturales. Es ahora cuando estas poblaciones veneran dioses típicamente fenicios, como Reshef (Medina de las Torres) y las diosas aladas del Berrueco, que representan a Astart-Anat. Una *Pothnia Theron*, *Astarté* entre aves, como en Ilici, está representada quizá en una placa decorada con granulado del tesoro de Serradilla<sup>52</sup>, que es un paralelo para un bocado de caballo de Sevilla. Ahora penetran temas religiosos traídos por los fenicios, como el mito de Gilgamés (La Aliseda), el grifo (La Aliseda, Sanchorreja), el árbol de la vida (Medellín). Los *thymiateria*, como los de La Codosera y Sefara, son pruebas de la introducción de ritos fenicios en los que los aromas desempeñaban un

---

<sup>52</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 223 y ss.

importante papel<sup>53</sup>. Tiro traficaba con ellos, según Ezequiel (27, 17, 19). La presencia de unos crótalos en la necrópolis de Medellín aluden a cantos fúnebres de origen fenicio, introducidos desde Oriente.

El rito funerario de esta necrópolis acusa influjo fenicio igualmente. Era muy complejo, como el de La Joya. Se elegía el lugar de cremación, se recogían los huesos, posiblemente envueltos en gasas, se les lavaba y se les introducía en una urna, y se colocaban recipientes, que contenían aceite o miel. Este ritual está documentado en Chipre y es descrito por Homero con ocasión de los funerales de Patroclo<sup>54</sup>. Se cubría con un túmulo el lugar de la incineración, se depositaba la urna en un hoyo aparte y se colocaban las ofrendas sobre el lugar de la cremación. Se organizaban pequeños *silicernia*, lo que es un indicio claro de un culto a los muertos. Este ritual lo practicaban todas las poblaciones del mediodía y suroeste, según se ha visto ya, influidas por las factorías fenicias asentadas en la costa.

En Medellín y Cruz del Negro se enterraban en urnas depositadas en hoyos. Este rito parece típico de los artesanos y comerciantes, que vivían en los centros urbanos y eran dueños del lujo, como cerámicas importadas, marfiles, etc. Este tipo de sepultura se documenta en Setefilla y probablemente en La Aliseda, junto a los túmulos. Poco a poco se formó la llamada etapa orientalizante tardía, una cultura orientalizante que impregnó [-50-] de tal manera todos los aspectos de la vida de estas poblaciones, que es imposible distinguirlas de los peculiares de la cultura indígena. Ahora es cuando se atestigua bien claramente la existencia de artesanos; se generaliza la escritura y se extienden los elementos típicos del período orientalizante. La producción artesanal local sustituye a la importada, como lo prueban los citados *thymiateria* de La Codosera y de Safara, las joyas de Medellín y de Almendralejo<sup>55</sup>. Los talleres estarían localizados en los centros urbanos. La población urbana predominaría sobre la rural, lo que originaría un cambio en la estructura económica y social, que llevaría consigo la desaparición de las élites rurales de final de la Edad del Bronce, como lo indica la ausencia de túmulos y de las estelas. Ahora hay fundidores de metal, a juzgar por las escorias y por los trozos de crisol. La metalurgia de hierro se pone de moda.

Sin embargo, llegan todavía algunos elementos importados del Sur, como los jarros de Mérida y de Villanueva de la Vera, de la primera mitad del siglo VI a.C. y el de Valdegamas, que sigue modelos de un taller campano, los braserillos hallados en Sanchorreja, los broches calados de Sanchorreja y Medellín, quizá fabricados estos últimos sobre el lugar, como sugiere M. Almagro Gorbea, y ello es muy posible. De fabricación local creemos que son el carro de Mérida y el guerrero de Medina de las Torres, al igual que los citados *thymiateria*, que siguen modelos fenicios. Se importa en este momento del Sur cerámica ática, traída a Occidente en barcos fenicios, como el *kylix* ático de Eucheiros, hallado en Medellín.

### *La Peña Negra. Crevillente*

La *Ora Marítima* de Avieno, que para nosotros remonta a una fuente púnica y no griega, según afirma el mismo autor (414-415); «*Haec nos ab imis puni-  
corum annalibus / probata longo tempore edidimus tibi*», y por eso no menciona a Ampurias, por

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, cit., págs. 245 y ss.

<sup>54</sup> V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, págs. 8 y ss., 26 y ss., 71.

<sup>55</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 230 y ss. 50

describir una etapa anterior a la fundación de la colonia griega, menciona a los fenicios (459-460): «*ista phoenices prius / loca incolebant*», habitando la costa del Levante. Probablemente estaban [-51-] interesados en la plata de los Pirineos, que gravó Catón en el año 195 a.C. con un gran tributo, según Livio (34, 21) y Gelio (*NA* 2, 22, 28).

Como prototipo de la asimilación por las poblaciones indígenas, en este caso hallstáticas, de los elementos culturales traídos por los fenicios, puede citarse el poblado de La Peña, en Crevillente, recientemente dado a conocer<sup>56</sup>. El poblado tuvo dos grandes etapas. La primera comprende desde 725 a.C. aproximadamente hasta el año 650 a.C. Se caracteriza este período por un *habitat* con fondos de cabañas. La economía es de tipo pastoril (ovejas y cabras); la cerámica está fabricada a mano, es pintada y tiene incrustaciones. Se documenta en este período una actividad textil de tipo familiar. En el segundo período, que abarca hasta el año 500 a.C., perviven las formas cerámicas hallstáticas; hacen ahora su aparición las cerámicas fenicias a torno; se fabrican cerámicas indígenas a torno y las casas son de forma rectangular. La economía es mixta, agrícola comercial. Estas gentes conocen el hierro, el bronce y la orfebrería de oro y plata. La presencia de los fenicios significó un cambio profundo en este poblado, aunque los habitantes seguían siendo los mismos. Los numerosos fragmentos de ánforas odriformes prueban bien claramente la existencia de un activo comercio de líquidos, aceite y vino, en manos de los fenicios. Las tinajas anforoides estaban dedicadas al almacenamiento de cereales. Los cuencos grises son unas cerámicas muy típicas de la fase arcaica de la colonización fenicia. Las formas están traídas de Oriente, no así las pastas. Todas estas cerámicas, como sucedió en todos los yacimientos indígenas del mediodía, fueron imitadas por las poblaciones nativas y se generalizó en este momento el uso del torno del alfarero. Pervivieron formas típicamente indígenas. El sistema de construcción de las casas rectangulares, a base de muros con zócalos hechos con piedras con barro, que sirven de basamento de las paredes de adobe y tapial, fue una técnica de [-52-] construcción introducida, sin duda, por los fenicios en Occidente. Aparecen molinos barquiformes, indicios de una mayor importancia económica de la agricultura. Las gentes de esta segunda etapa conocen el uso del hierro. Los fenicios también llevaron al Levante la iluminación mediante lucernas de tipo griego arcaico. Hay productos importados, como un amuleto en forma de halcón, de procedencia egipcia, y seis en forma de escarabeos con decoración en la base y fabricados de pasta vítrea. Tienen la forma frecuente de los escarabeos egipcios de época tardía, o sea, del primer milenio a.C.; sin embargo, no pertenecen a un tipo demasiado corriente, pues no se les conocen paralelos exactos en la Península para las bases de estos escarabeos, que por su forma y material se emparentan con ejemplares de Cartago, de los siglos VII-VI a.C. y principalmente de Naucratis. También se relacionan con ejemplares hallados en el Santuario de Perachora, que se han supuesto ser de manufactura rodia. Fueron traídos probablemente por los fenicios e intercambiados a los indígenas por materias primas.

Una diadema de oro encontrada en el poblado está decorada con temas típicamente orientalizantes y fenicios, como la palmeta de cuenco y las rosetas cruciformes.

---

<sup>56</sup> A. González, *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de la Peña Negra, Crevillente (Alicante) (1ª y 2ª Campaña)*, Madrid, 1979; J. Maluquer, *Catalunya: Baix Ebre*, Barcelona, 1987, Necrópolis del bajo Ebro con influjo fenicio, griego y etrusco; M. T. Mascot - J. San Martí - J. Santacana, «Novedades sobre el comerç fenici a Catalunya», *Prehistoria I, Arqueologia de la Conca del Segre*, Puigcerdá, 1988, págs. 185 y ss.

## *La necrópolis de Setefilla*

En esta necrópolis se ha excavado recientemente dos túmulos del más alto interés para conocer la asimilación por los pueblos del interior de los rituales e ideas traídas por los fenicios sobre la ultratumba. El túmulo A, que es el único que examinaremos, consta de una cámara funeraria y de túmulo propiamente dicho. Las paredes de la cámara descansaban sobre un suelo artificial, que forma una gran plataforma. El monumento funerario consta de dos grandes estratos bien diferenciados: el túmulo artificial y el estrato anterior al monumento superpuesto a la roca, que contiene una necrópolis de incineración en urnas. El levantamiento del túmulo arrasó varias sepulturas de incineración semejantes a las de la base. Otras cuatro sepulturas estaban sobre la necrópolis de la base y son contemporáneas a la continuación de la cámara, y anteriores a la edificación del túmulo. Ocho grandes losas hincadas en el suelo delimitaban el área del [-53-] túmulo, formando un círculo perfecto. Otras varias se encontraban en otros cuadrantes. Estas estelas tenían probablemente una finalidad ritual funeraria. El campo de urnas tenía una gran densidad, y estaban en el interior de una fosa circular excavada en la roca. Otras concavidades circulares y oblongas entre los huecos excavados igualmente en la roca sólo contenían cenizas, que han sido interpretadas por M. E. Aubet como depósitos funerarios destinados a conservar los restos de la cremación, previo lavado o tamizado de los huesos depositados en las urnas. La cámara está formada por un recinto funerario de forma rectangular.

Su alzado es de forma de pirámide truncada; la construcción es de mampostería con piedras dispuestas a seco.

El túmulo presenta cuatro fases en su construcción, siendo la más antigua el estrato inferior superpuesto a la roca virgen con la extensa necrópolis de incineración con 40 urnas, que se emparentan con las halladas en la necrópolis de Los Alcores. Sobre este estrato se echó un piso artificial de arcilla, que es la base de la cimentación sobre la que se levantó la cámara funeraria. Esta cámara debió ser una sepultura de inhumación, individual o familiar en el suelo excavado en la roca. La segunda fase es la construcción del cuerpo central de la cámara. La tercera corresponde al segundo cuerpo rectangular de la cámara, que forma un falso corredor. La última fase es el túmulo propiamente dicho.

El espacio de tiempo transcurrido entre la necrópolis de urnas y el túmulo parece ser el de una generación; lo que indica una gran densidad de población en la región Setefilla.

Toda la cerámica es de una gran homogeneidad y uniformidad en las pastas, en la técnica y en la tipología de los vasos, que son de origen local.

Un primer grupo, atendiendo a las pastas, técnicas de fabricación y tipo de cocción, está integrado por las urnas cinerarias ovoides y de cuello acampanado, y los cuencos carenados con o sin decoración bruñida, cerámicas todas ellas bien conocidas en el bajo Guadalquivir.

El segundo grupo está formado por urnas bicónicas y cuencos pequeños de doble asa.  
[-54-]

En el tercer grupo entran las cerámicas fabricadas a torno rápido, y con arcillas muy depuradas, de barniz rojo, o de pintura bicroma.

Las urnas de Setefilla siguen una tradición local, con una técnica documentada en El Carambolo Alto y en el Cabezo de San Pedro, que remonta por lo menos al siglo IX-VIII a.C.

Algunos ejemplares de Setefilla de cuerpo ovoide rugoso y alto cuello bruñido son idénticos a los hallados en el Poblado Bajo de El Carambolo, Cabezo de San Pedro y Colina de los Quemados. Fuera del área tartésica y como procedente de ella, se documenta esta cerámica en Cataluña, Languedoc y Rosellón, pero ya en los siglos VI-IV a.C.

Los cuencos carenados con retícula bruñida son muy abundantes en este túmulo. Están hechos a mano. La decoración es de rombos, distribuidos en cuadrantes, decoración típica del bajo Guadalquivir, pero diferente de los ejemplares portugueses y de Huelva. La cerámica con retícula bruñida de Setefilla se relaciona con ejemplares de la provincia de Sevilla, Poblado de El Carambolo Bajo, Carmena, Entremalo, Cruz de Negro, fechados todos entre los siglos VII-VI a.C. y con los cuencos bruñidos de la tumba 9 de La Joya y con los de Medellín.

El uso de estos cuencos bruñidos era variado; unas veces se utilizaban como vajilla, otras eran platos de ofrendas, tapaderas de urnas, o eran reaprovechados como recipientes cinerarios, al igual que en una tumba de La Joya, y en la necrópolis arcaica de Castellones de Ceal (Jaén).

De particular interés son las cerámicas a torno pintadas de barniz rojo. Se caracterizan por una gran uniformidad de pastas, de barniz, de pintura y de cocción. Las formas no siguen la tipología bien conocida de las factorías fenicias de Málaga y Granada, por lo que M. E. Aubet supone que proceden de un taller situado al occidente del Estrecho, localizado probablemente en Cádiz. Los platos de Setefilla se emparentan con los ejemplares de El Carambolo Bajo, del Cerro Salomón, del Cabezo de San Pedro, del Cabezo de la Esperanza y de La Joya. Las dos urnas pintadas siguen modelos típicos de la cerámica fenicio-púnica de Occidente, frecuente en la Península, documentados en el santuario de Salambó en Cartago, y en los siglos VII-VI a.C. en las necrópolis fenicias del norte de África.

El vaso caliciforme es gemelo al hallado en La Joya; ambos [-55-] son el eslabón necesario entre los ejemplares arcaicos de Cartago y los ibéricos del siglo V en Tugia.

Las cerámicas pintadas de origen púnico hacen su aparición en el valle del Guadalquivir entre los siglos VII y VI desde los talleres del Estrecho, y son los prototipos de las cerámicas ibéricas pintadas, de fecha posterior.

El alabastrón de barniz rojo de Setefilla aparece en las factorías fenicias del norte de África y de la Península, y en los poblados tartésicos de los siglos VII-VI a.C. El soporte hallado en Setefilla, de forma de carrete de barniz rojo decorado a bandas negras y rojas, sigue el mismo modelo que los ejemplares de El Carambolo Bajo, Cabezo de San Pedro y La Joya; es una forma indígena copiada en los talleres fenicios.

Los cuchillos afalcatados son muy frecuentes en las necrópolis chipriotas, de Tánger, del Bajo Alentejo, de La Joya, etc.

Las urnas de incineración de Setefilla se fechan en los comienzos del siglo VI a.C., y todo el túmulo no antes de mediados del siglo VI a.C.

La cremación de los cadáveres es el ritual funerario más extendido en Setefilla. La urna se depositaba en un pequeño hoyo excavado en la roca. Los huesos calcinados eran tamizados, lavados y separados de las cenizas, antes de ser colocados en las urnas. Los vasos cinerarios no contenían restos de cenizas, fenómeno atestiguado también en la necrópolis de La Joya, Frigiliana, Medellín y Rachgoun. Como ya se indicó, hay huellas de depósitos funerarios de cenizas y de restos humanos que demuestran que los huesos se depositaban aparte de las cenizas. Igualmente, estos depósitos aparecen en Medellín, Rachgoun, Frigiliana y Castellones de Ceal.

Las urnas funerarias contenían no sólo los huesos quemados, sino el ajuar de bronce e hierro y algún plato de tamaño pequeño; una o más vasijas colocadas alrededor tenían alimentos o líquidos. Las urnas bicónicas bruñidas aparecen generalmente aisladas, colocadas en el hueco de la roca, vacías o con escasos huesos y no asociadas con alguna sepultura. Este ritual, como señala M. E. Aubet, está asociado al mismo tipo cerámico. Algunas urnas estaban vacías, pero tenían ajuar.

En la necrópolis de Setefilla existen juntos los dos ritos de inhumación e incineración, sin diferencias grandes en los ajuares [-56-] Las inhumaciones están en fosas excavadas en el terreno y contenía inhumaciones individuales y colectivas o incineraciones e inhumaciones juntas, tanto en las tumbas como en el exterior. La coexistencia de ambos ritos se observa en otras necrópolis tartésicas contemporáneas, como en La Joya, en Los Alcores de Carmona y en Villaricos. El mismo fenómeno se observa en la Etruria arcaica.

Otras veces predomina un determinado rito; así la incineración bajo túmulo, en la necrópolis del Acebuchal; y túmulos y fosas de incineración e inhumación indistintamente en las necrópolis de Carmona, Bencarrón y Entremalo. Los cementerios de Alcaudete, Alcantarilla y Cañada de Ruiz Sánchez tienen túmulos de incineración y en Cruz del Negro, incineraciones en fosa.

Los paralelos más próximos para los túmulos con cámara de Setefilla se encuentran en el norte de Marruecos<sup>57</sup>, pero su cronología es muy insegura; al parecer, son de fecha más reciente.

El ritual funerario de Setefilla se asemeja bastante al de Medellín, donde M. Almagro Gorbea ha distinguido tres tipos: a) *busta o loculi* o lugares de cremación no documentados en Setefilla; b) *silicernia* u hogueras rituales o de ofrendas; c) hoyos con las urnas conteniendo los huesos de los cadáveres. Los depósitos de ofrendas están bien atestiguados en el área fenicia, como el Trayamar y en Salamina de Chipre, en la Grecia del período geométrico y arcaico, en la Roma arcaica y en otros muchos cementerios, como en Aleria, en Córcega y en Enserune. El ritual de fuego asociado a ofrendas se repite en Medellín, necrópolis que se emparenta, en cuanto al ritual funerario, principalmente con las de la Cruz del Negro, y en menor grado con las del Acebuchal y del Alentejo portugués (Mealha-Nova y Herdade do Pego), en Pozo Moro, en Aleria y Motia. Este ritual funerario fue traído por los fenicios a Occidente, donde arraigó y pasó a [-57-] los iberos (Necrópolis del Cabecico del Tesoro, Murcia)<sup>58</sup>. Los ajuares de todas estas necrópolis recuerdan a los de Tell el-Faria, Khalde y Atlit. En las dos últimas se documentan, igualmente, la inhumación y la incineración. En la necrópolis de Motia son bien conocidas las incineraciones en hoyos. Las necrópolis de Medellín y de Cruz del Negro, indígenas, como las de Setefilla y de Frigiliana, siguen idéntico rito funerario y se caracterizan por la existencia de *busta*. La asimilación de este ritual, de origen fenicio, por las poblaciones indígenas, muy probablemente, como propone M. Almagro Gorbea, fue gradual, como parecen indicarlo las necrópolis de Rachgoun, Frigiliana, Setefilla y Huelva. Las de Rachgoun y Frigiliana ocuparían un puesto intermedio.

La población de Setefilla se dedicaba fundamentalmente a la ganadería. La economía

---

<sup>57</sup> M. Ponsich, *Recherches archéologiques à Tanger et dans sa région*, París, 1970, *passim*; *id.*, «Pérennité des relations dans le circuit du Détroit de Gibraltar», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, 3 (1975), págs. 655 y ss.; C. J. Pérez -D. Ruiz Mata, «Necrópolis tumular de Las Cumbres. El túmulo 1. Puerto de Santa María, Cádiz», *Revista de Arqueología*, 9, 1988, págs. 36 y ss.

<sup>58</sup> G. Nieto, «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)», *ABSA*, 9 (1943), págs. 192 y ss.; 10 (1944), págs. 165 y ss.; 6 (1939-40), págs. 137 y ss.

ganadera era la dominante en estas poblaciones tartésicas de Guadalquivir, como ha quedado bien reflejado en los mitos<sup>59</sup>. En las proximidades de Setefilla había minas de cobre y de galena, que también pudieron desempeñar un papel importante en la economía y atraer a las poblaciones de Extremadura y de la Meseta.

En las grandes cámaras se enterrarían los régulos locales, que constituían una verdadera aristocracia ganadera y que concentraría las riquezas e importaciones en sus manos, del tipo de los citados en las fuentes literarias, que narran episodios de la segunda guerra púnica, como Kolichas, que, según Livio (28, 13, 3), en el año 209 a.C. reinaba sobre 28 ciudades y en 197 sólo sobre 17 (Liv. 33, 21, 6) y Luxino, que gobernaba sobre las poderosas ciudades de Carmena y de Bardo.

[-58-]

### *Épocas turdetana e ibera*

Las raíces de estas culturas se hunden en el período anterior, de fuerte influjo fenicio. Continúan ahora los elementos culturales de origen semita, en los más variados aspectos:

A) *Religión*. 1) Diosa sentada de Baza, de la primera mitad del siglo IV a.C., que, aunque sigue modelos griegos de terracotas sur-italicas, muy preciablemente representa a Tanit, como los indica su atributo, la paloma. Sería la misma diosa de un pendiente de Santiago de la Espada (Jaén), también con su atributo, posiblemente, de la Dama de Elche, de la misma fecha, de las diosas aladas de Ilici, de época helenística, y de la Dama entronizada de la Serreta de Alcoy, acompañada de aulistas, sosteniendo niños<sup>60</sup>. Un ritual de Tanit consistía en danzas sagradas representadas en una pintura de Ilici y en la terracota de la Serreta de Alcoy<sup>61</sup>; 2) Amuletos de origen fenicio, que adornan el pecho de las Damas de Elche y de Baza, y de Bes, del Cortijo de Evora; 3) Santuario de Alcoy, cuyos exvotos de terracotas siguen modelos semitas; 4) Santuario dedicado a Tanit, hallado en el *caput aquae* del acueducto de Itálica<sup>62</sup>, que sería gemelo al de El-Hofra, en África. El culto a Tanit estuvo muy arraigado en la Península, aunque su nombre no se lee sobre los objetos de los monumentos, como se deduce de la extensión del culto a *Dea Caelestis*, versión romana de la Tanit cartaginesa, en época romana<sup>63</sup>. La concentración de los lugares de culto está en el sur y en la costa del sureste ibérico, la región que más directamente estuvo bajo el influjo semita.

B) *Escultura*. Una serie de esculturas turdetanas e ibéricas acusan influencias orientales traídas por los fenicios; así el toro tumbado de Porcuna, la antigua Obulco, que debió ser objeto de culto, responde a cánones orientales, bien patentes en los capiteles persas. El toro tumbado de Osuna es parte de una puerta, concepción arquitectónica típicamente oriental, igualmente. [-59-] En la llamada Bicha de Balazote (Albacete), que formó parte, también, de una puerta, siempre han señalado los investigadores que de ella se han ocupado (J. Camón, A. García Bellido, J. M. Blázquez) su influjo oriental<sup>64</sup>. En el arte neohitita (leones de Karkemish, Sakigozü,

<sup>59</sup> J. Remesal, «Gerion, Habis et Arganthonios. Le peuplement protohistorique d'Andalousie», *Caesarodunum*, 13 (1978), págs. 184 y ss.

<sup>60</sup> J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, cit., págs. 30 y ss.

<sup>61</sup> *Id.*, *Imagen y mito. Estudio sobre religiones mediterráneas*, cit., págs. 332 y ss.

<sup>62</sup> A. Canto, «El acueducto romano de Itálica», *MM*, 20 (1979), págs. 329 y ss.

<sup>63</sup> A. García y Bellido, *Les religions orientales dans l'Espagne Romaine*, Leiden, 1967, págs. 140 y ss.

<sup>64</sup> J. M. Blázquez, *Arte de la Edad de los Metales*, cit., págs. 296 y ss., con toda la bibliografía menuda.

Gölludag, Tell Halaf, etc.)<sup>65</sup> se ha buscado recientemente los prototipos de los leones ibéricos y turdetanos, guardianes de tumbas y tumbados (Cástulo, Baena, Pozo Moro, Manga, Castro del Río, La Guardia, etc.), de comienzos del Helenismo y posteriores. Ya la idea del león guardián de tumbas es semita (sarcófago de Airad de Biblos).

Chipre debió seguir influyendo en la Península Ibérica, como lo demuestran los citados símbolos de la Gran Madre representados sobre la cerámica de Ilici y las damas oferentes del Cerro de los Santos, cuyo hieratismo recuerda muy de cerca las esculturas chipriotas. Las diademas con los extremos triangulares son de origen fenicio; aparecen por primera vez en el Tesoro de La Aliseda.

C) *Arquitectura*. A partir del siglo V, o tal vez antes, se desarrollan unas fortificaciones con muros ciclópeos, del tipo de las de Tarragona, levantadas con grandes bloques de piedra, algunas veces recalzados y almohadillados. Frecuentemente son rectangulares. Las fuentes antiguas las conocen con el nombre de «Torres de Aníbal», sin duda porque este general cartaginés las empleó en sus campañas (Plin., *NH* 2, 181; 35, 169, Liv. 22, 19); entre ellas podemos citar las de El Higuérón, El Castillarejo, El Cambroner, San Cristóbal, La Oreja de la Muía, Doña Esteban, El Minguillar, El Caserón del Portillo, Ibros, etc., todas en Turdetania. Es un tipo de construcción que emplearon los cartagineses en construcciones semejantes a Túnez, Argelia, Sicilia y Cerdeña y con las cuales formaron un *limes* o frontera, como en Kebilia, en Ras el Portas, en Ras ed-Drek (para ceñir Cabo Bon y dominar el canal de Sicilia), en la fortaleza de Ras Zebid, y en el *limes* de Cartago a lo largo del curso del Seybouse, para controlar las vías de penetración a los cotos mineros de Sierra Morena. De este modo se construyó una compleja línea [-60-] defensiva, como en Sulcis (Cerdeña). La fortificación de El Higuérón se asemeja mucho a la fortaleza de Kelibia en su sistema de construcción y a la de Monte Sirai (Cerdeña).

Este tipo de aparejo se utilizó también en la construcción de murallas, como en Cástulo.

Se conservan diferentes elementos arquitectónicos, procedentes principalmente de Osuna y de varias localidades de Jaén y Granada, donde se han descubierto numerosas tumbas de uno o más recintos, fechadas, a juzgar por la cerámica ática, en la segunda mitad del siglo V y en la primera mitad del siguiente. En algunas aparece por primera vez el aparejo de sillería y una decoración plástica muy desarrollada. Estas tumbas se asemejan mucho a las *built tombs* de Chipre, que sin duda derivan de prototipos orientales, sin intermedio de Cartago. Los elementos decorativos de la arquitectura meridional son vegetales más o menos estilizados y motivos de cestería. También se adornaban con ovas. Motivos de cestería y orlas de ovas se esculpieron en un capitel cuadrado de Castellar de Santisteban, hoy en el Museo Arqueológico de Barcelona, con cuatro máscaras humanas en los extremos; motivos de cestería y caras se repiten en un capitel inédito de Cástulo. En esta ciudad ha aparecido últimamente un capitel rectangular adornado sólo con orlas de ovas.

En un sillar de Osuna se esculpió en relieve una columna jónica, de fuste estriado y volutas de extremos enrollados. Entre las volutas crece una flor y en los ángulos superiores una hoja lanceolada pequeña. Del pie del fuste parten dos tallos doblados en espiral.

Esta composición representa el Árbol de la Vida.

La adaptación de una columna jónica a una superficie plana nunca se documenta en

<sup>65</sup> *Ibid.*, págs. 296 y ss.; J. M. Blázquez, «El arte neohitita y los orígenes de la cultura ibérica y turdetana», *Gaya*, 120 (1974), págs. 345 y ss.

el arte griego, pero sí en Chipre (Tamassos, siglo VI a.C.) y en Cartago, donde esta columna se interpreta como árbol de la vida. Osuna ha proporcionado otros sillares con la misma decoración, como un árbol de palmetas con un cordón como orla decorada, ignorándose la finalidad del edificio al que pertenecían. Es muy bello un fragmento de friso o jamba de puerta, procedente de Cástulo, guardado en el Museo Arqueológico Nacional. En él las palmetas se encierran en grandes espirales en forma de lira, ligadas por su extremo superior, como es frecuente en los árboles de palmetas fenicios. Se ha buscado los prototipos dentro del arte fenicio de los marfiles, [-61-] como en un marfil de Megiddo, que recuerda la composición de las placas de cinturón.

Una decoración de liras contrapuestas se encuentra en una pieza arquitectónica de Osuna y liras simples (quizá también contrapuestas, pero el trozo decorativo está partido de arriba abajo) se halla en otro fragmento de Cástulo, lugar donde, en otro capitel cuadrado, se esculpieron una red de tallos y rosetones, que rodean toda la piedra y que recuerdan a un marfil de Megiddo.

En Montilla (Córdoba) se halló un fragmento decorado con espirales en la parte superior, con una orla de ovas en la central y con espirales en las partes laterales inferiores; la parte central lleva un dibujo de trenza con las puntas dobladas hacia fuera. En la tumba 75 de la necrópolis de Tutugi (Galera) se encontró una zapata con espirales en los laterales y en el centro un rosario de perlas en relieve. Todas estas piezas prueban que existió en el Sur una arquitectura de gran vistosidad por los elementos decorativos, de origen fenicio y oriental, que se nos ha perdido y de la que sólo quedan algunos testimonios de muestra, aislados; todo lo cual confirma un esquema que parece válido, el de la preponderancia griega en la costa ibera mediterránea y la preponderancia fenicio-púnica en el Sur.

Algunos elementos decorativos de edificios siguen modelos semitas, como las palmetas de cuenco que decoran una tumba de Galera<sup>66</sup>.

La Península Ibérica fue a partir de la batalla de Himera, 480 a.C., una cantera de mercenarios para Cartago<sup>67</sup>, como lo indica su presencia en todas las guerras greco-púnicas: batallas de Himera (Her. 7, 165), en los asaltos y toma en Selinunte, 409 a.C. (Diod. 13, 44, 6), en la toma y destrucción de Himera, 409-408 a.C. (Diod. 13, 82, 172), en la toma de Agrigento, 406 a.C. (Diod. 13, 80, 2), en la caída de Gela y de Camarina, 405 a.C. (Diod. 13, 110, 6) y en el segundo sitio de Siracusa, 396 a.C. (Diod. 14, 54, 5-6). Durante la segunda guerra púnica, lusitanos y celtíberos son la columna vertebral del ejército de Aníbal (Liv. 21, 43, 8); estos pueblos tenían un gravísimo problema [-62-] económico y social, que les obligaba a enrolarse como tropas mercenarias en los ejércitos de cartagineses y romanos para encontrar una válvula de escape a su mala situación económica<sup>68</sup>.

Todavía en el año 203 a.C. los cartagineses buscaban mercenarios en Hispania (Liv. 30, 21, 3).

Aunque no se puede hablar de una conquista de parte del territorio hispánico hasta la llegada de los Bárquidas, sin embargo, algunos datos indican bien claramente que ejercían los púnicos cierto control en el sur y en el levante ibérico. El segundo tratado entre Roma y Cartago, 348 a.C., así como el tercero, 306 a.C. y el cuarto, 279 a.C. (Pol. 3, 24-25), dejaba las manos libres a los cartagineses para comerciar libremente en el sudeste ibérico, donde se encontraban las ricas minas de Cartagena, y de Almería, en

<sup>66</sup> J. M. Blázquez, *Arte de la Edad de los Metales*, cit., págs. 306 y ss.

<sup>67</sup> A. García y Bellido, *Historia de España. España protohistórica*, Madrid, 1975, págs. 647 y ss.

<sup>68</sup> J. M. Blázquez, *La romanización*, I, Madrid, 1974, págs. 191 y ss.

toda la costa meridional, por donde salían, Guadalquivir abajo, o desde Oretania a la colonia púnica de Baria, todos los minerales de Sierra Morena. Estas minas se explotaban antes de la segunda guerra púnica por los indígenas (Diod. 5, 35-38).

Las minas hispanas explotadas por los romanos lo fueron antes por los cartagineses en época bárquida y antes por los iberos, según la afirmación de Diodoro (5, 35-38). Los sistemas de explotación de los bárquidas pasaron a los romanos. Las minas eran propiedad de los bárquidas y en las minas de sal, como subproducto, se explotaban las pesquerías<sup>69</sup>. Igualmente los bárquidas introdujeron las técnicas de trabajo, a base de tornillos de Arquímedes, bombas de Ctesibio, norias, etc., ingenios descubiertos en época helenística. Incluso se sospecha que las tablas de Vipasca, que son el código minero más importante de época romana, tienen un origen cartaginés<sup>70</sup>. La moneda de Ampurias indica que la colonia griega estaba dentro del área del comercio cartaginés. Hacia los años 300-290 a.C. se acuñan las primeras dracmas, con el caballo parado, tema genuinamente cartaginés. Hacia el año 264 hace su aparición la cabeza de Arethusa con más o menos influencia púnica, en algunos casos [-63-] muy evidente. Los dos tipos, sículo-púnico y griego, llegan a Iberia a través de una traducción púnica. En ciertos tipos se sustituye la cabeza de caballo por una figura grotesca, que se ha identificado con un cabiro, adaptado también del panteón fenicio. Con el desembarco de los Escipiones en Ampurias, 218 a.C, cambian las influencias comerciales y desaparece el influjo fenicio; las monedas de Ullastret son también de influjo púnico. Fueron los cartagineses, al pagar a las tropas mercenarias ibéricas, durante la segunda guerra púnica, los que generalizaron la economía monetaria en amplias zonas de la Península Ibérica. Se ha supuesto que, hacia mediados del siglo IV a.C., y como resultado del segundo tratado romano-cartaginés, los púnicos destruyeron una serie de poblados ibéricos de Contestania: La Bastida, El Puig, Covalta, Cabezo Lucero, Loma de Galbin, Pixicol, Ladera de San Antonio, Mola de Torró y Mola de Agres, que para ser arrasados necesitaban necesariamente ser atacados con los ingenios bélicos utilizados por los púnicos en Sicilia contra Selinunte e Himera: arietes, torres de asalto y minas (Diod. 13, 54, 1, 6), usados también en el cerco de Sagunto por Aníbal en 218 (Liv. 21, 7-8), pues la mayoría de ellos estaban defendidos por excelentes murallas, como La Bastida, Covalta y El Puig. Hoy día estas destrucciones se la supone en la primera mitad del siglo III a.C. o muy a finales del siglo anterior<sup>71</sup>. El Cigarralejo fue destruido a finales del siglo V a.C. una primera vez y el material de derribo fue reutilizado en tumbas del siglo siguiente. El Cabecico de Tesoro se ha supuesto que lo fue en las campañas de 238, en plena época bárquida. El Corral de Saus<sup>72</sup> tiene en las tumbas también material reutilizado, pero se ignora si las destrucciones de la primera mitad del siglo IV a.C. o de época bárquida. Recientemente se cree que son debidas a las luchas de unas tribus con otras (Str. 3, 4, 5). Estas destrucciones indicarían un interés púnico en la costa levantina con anterioridad a la llegada de los Bárquidas. El material púnico en Contestania es bajo en número y poblados, como los de [-64-] Albufereta, tenidos por ibero-púnicos, hoy se sabe que sólo son iberos<sup>73</sup>. Las raíces del arte ibero en escultura

<sup>69</sup> R. Etienne, «A propos du "garum sociorum"», *Latomus*, 29 (1970), págs. 297 y ss. Sobre las minas hispánicas en general, cfr. J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, Bilbao, 1978, págs. 283 y ss.; *Id.*, *Historia económica de la Hispania Romana*, Madrid, 1978, *passim*.

<sup>70</sup> A. D'Ors, *Epigrafía Jurídica de la España Romana*, Madrid, 1953, *passim*.

<sup>71</sup> E. A. Llobregat, *Contestania Ibérica*, Alicante, 1972, págs. 39, 175 y siguientes.

<sup>72</sup> D. Fletcher - E. Pla, «Restos escultóricos de la necrópolis Ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)», *Homenaje a García y Bellido*, III (1977), págs. 55 y ss.

<sup>73</sup> E. A. Llobregat, *cit.*, págs. 73 y ss.

son clásicas<sup>74</sup>. La escultura de Elche, como la inédita de Porcuna o las damas sedentes de Cabecico del Tesoro, no deben nada al arte púnico. Posiblemente Focea desempeñó un papel importante en su gestación. La influencia púnica en Edetania<sup>75</sup>, según los últimos estudios, se presentaría fundamentalmente en forma de importaciones de carácter griego, que procedían en buena parte de un comercio con el emporio púnico de Ibiza. El límite nororiental de la influencia fenicia sería el río Segura.

Los púnicos desempeñaron un papel importante, como transmisores de la cultura griega, vendiendo vasos griegos. Los numerosos vasos áticos de la primera mitad del siglo IV a.C., que se recogen en la necrópolis del sureste de Oretania y en menor número en el bajo Guadalquivir y en Huelva, fueron traídos, seguramente, por los cartagineses<sup>76</sup>. Aunque no hay que descartar que barcos atenienses llegaron al mediodía. Quizá, a esta época pertenezcan el oráculo de Puerto de Menesteo de las [-65-] proximidades de Cádiz (Str. 3, 1, 9) y la estatua de Temístocles (Philostr., *VA* 5, 4) de la gran metrópolis fenicia. Atenas podía estar interesada en buscar nuevos centros productores de cereales<sup>77</sup>, pero la zona donde aparece generalmente estos vasos áticos, o donde su densidad es mayor, es la zona minera. El viaje de Piteas<sup>78</sup> al Atlántico Norte, hecho con permiso de los púnicos, no se explica, si no es una época de excelentes relaciones entre Cartago y Atenas, como es la que siguió a la guerra del Peloponeso; tampoco hay que descartar que barcos áticos llegaran al sureste.

En el sur hubo asentamientos de colonos púnicos, en la zona entre Gades y Sexi. Son los Blastofenicios de Apiano (*Ib.* 56), atacados por Púnico, caudillo lusitano, entre 155 y 153 a.C. Se les llama también libiofenicios en el poema de Avieno (*Ora Mar.* 421). Eforo (Scimn. 197) los conoce también. Ptolomeo (2, 4, 6) los denomina *bastulipoeni*. Igualmente los nombra Hecateo del Mileto (*fr.* 310, 314). Aníbal hizo asentamientos de colonos africanos, según puntualiza Apiano. Plinio (*NH* 3, 8) es más explícito: «M. Agripa juzgó que toda la costa dicha, en general, fue en origen de los púnicos.» Todos estos datos<sup>79</sup>, reunidos en este trabajo, indican que la influencia semita fue una componente esencial de las culturas ibéricas y turdetanas y que en algún tipo de

---

<sup>74</sup> A. Blanco, «Die Klassischen Wurzeln der iberischen Kunst», *MM*,1 (1960), págs. 101 y ss.

<sup>75</sup> E. A. Llobregat, «El papel de los cartagineses en la Historia antigua del País valenciano, a la luz de los estudios recientes», *Cuadernos de Historia*, 5 (1975), págs. 1 y ss.; *Id.*, *Las relaciones con Ibtza en la Protohistoria Valenciana: Prehistoria y Arqueología de las Islas Baleares*, Barcelona, 1974, págs. 291 y ss.; ánforas púnicas, *askoi* zoomorfos, placas-sello de cerámica, terracotas, huevos de avestruz, amuletos de pasta vítrea, objetos, de hueso, que demuestran una corriente continua de contactos con Ibiza, desde finales del siglo V y que duró hasta el cambio de era. Las ánforas demuestran un contacto temprano, pero se ignora el producto que contenían, probablemente salazón. Las relaciones son de carácter fundamentalmente suntuario. Los productos campanienses pudieron penetrar por esta vía. El componente semítico de la cultura valenciana procede de Turdetania y es arcaico: *Id.*, *Iniciación a la Arqueología alicantina*, Alicante, 1976, pág. 85. El autor escribe: «importaciones estrictas de tipo fenicio-púnico son escasísimas, cuando no inexistentes. Hay unos fragmentos de cerámica de barniz rojo de tipo fenicio en un nivel antiguo de La Alcudia y en cuanto a cerámicas púnicas no se puede afirmar con precisión la existencia de piezas importadas».

<sup>76</sup> P. Rouillard, «Coupes attiques a figures du IV<sup>e</sup> s. en Andalousie», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 11 (1975), págs. 21 y ss.; E. Cuadrado, «Penetración de la influencias greco-fenicias en el interior peninsular», *Simposio de Colonizaciones*, cit., págs. 93 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de colonización griega en la Península Ibérica», *AEA*, 50-51 (1977-78), págs. 3 y ss.

<sup>77</sup> R. J. Hopper, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, 1979, págs. 71 y ss.

<sup>78</sup> C. F. C. Hawkes, *Pytheas: Europe and the Greek Explorers*, Oxford, 1977; P. Fabre, «Étude sur Pytheas le Massaliote et l'époque de ses travaux», *EC*, 43 (1975), págs. 25 y ss.

<sup>79</sup> M. Koch, «Observaciones sobre la permanencia del sustrato púnico en la Península Ibérica», *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, cit., págs. 191 y ss.

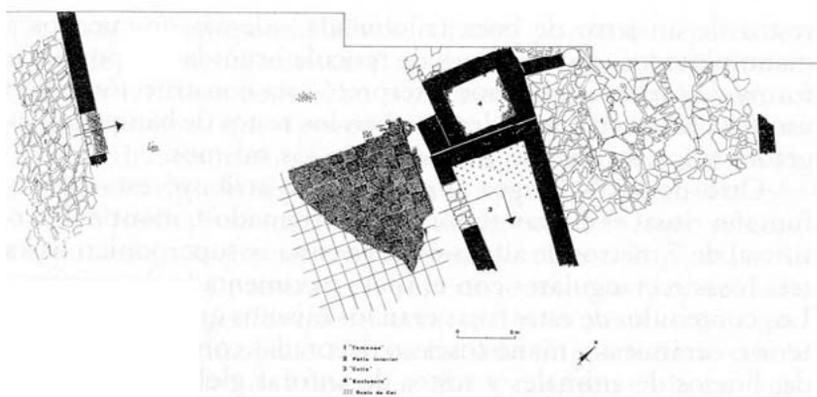
religión, como en el culto del Hércules gaditano<sup>80</sup>, que pervivió hasta el Bajo Imperio, hubo siempre un fuerte componente semita.

---

<sup>80</sup> J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, cit., págs. 17 y ss.

cistas de piedra de Galera, en contraste con la severidad de la obra original.

En el interior del edificio rectangular, y también a un nivel de la hilada inferior de la última reconstrucción, apareció un paquete de tres suelos de tierra batida con enlucidos de cal. Este paquete de suelos apoyaba sobre una capa de cantos rodados, que probablemente corresponden a un desmoronamiento de la obra antigua, ya que aparece a un nivel de la penúltima reconstrucción. Bajo esta capa de piedras aparece el relleno primitivo del edificio, interrumpido en algunos puntos por otros desmoronamientos de cantos rodados. Consiste este relleno en un grueso paquete de finos estratos formados exclusivamente por cenizas, huesos de animales y gran cantidad de cerámica rota, al parecer, intencionadamente *in situ*. En principio pensamos que podría tratarse de un vertedero, pero al descubrir las sucesivas reconstrucciones y teniendo en cuenta además el magnífico pavimento de guijarros ya descrito, creemos que más bien se trata [-37-] de un depósito ritual y que todo el conjunto de edificaciones es en realidad un santuario al aire libre al que iba aneja esta fosa ritual y el resto de las construcciones.



Santuario de Cástulo (Linares, Jaén).

Este tipo de construcciones rituales no es realmente nuevo en la Península Ibérica. Ciñéndonos a un ámbito geográfico próximo y cronológicamente paralelo, en los Alcores de Carmona halló G. Bonsor dos recintos muy semejantes a éste. El primero es el que el citado autor llamó «roca de los sacrificios de El Acebuchal»<sup>24</sup>, en cuyas cercanías había además un conjunto de edificios en torno a un gran patio pavimentado de guijarros<sup>25</sup>. La gran roca a que se refiere Bonsor llevaba adosada una construcción de planta rectangular rellena de cenizas, piedras quemadas, hachas de piedra pulimentada y numerosos fragmentos de «cerámica indígena», es decir, cerámica a mano en que abundan los cordones en relieve y las decoraciones incisas<sup>26</sup>. Los estratos superiores del conjunto de edificios y del recinto rectangular contenían cerámica a torno de tipo orientalizante: ánforas globulares, soportes trípodes, lucernas bicornes, [-38-] restos de un jarro de boca trilobulada, además de cuencos a mano pintados, decoraciones de retícula bruñida y soportes en forma de carretes<sup>27</sup>. Bonsor interpretó esta construcción como una fosa ritual en que se depositaban los restos de banquetes sagrados y los

<sup>24</sup> G. Bonsor, *Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Betis*, París, 1899, págs. 96 y ss.

<sup>25</sup> *Ibid.* y págs. 95 y ss.

<sup>26</sup> *Ibid.*, figs. 52-70.

<sup>27</sup> *Ibid.*, figs. 71, 74, 81-84, 86-87, 89-95, 97, 99 y ss.

recipientes utilizados en los mismos.

Otro de los hallazgos al que Bonsor atribuyó esta misma función ritual es el gran túmulo de Entremado<sup>28</sup>, montículo artificial de 7 metros de altura en cuya cima se superponían hasta tres fosas rectangulares con el suelo pavimentado de guijarros. Los contenidos de estas fosas eran los mismos que en el caso anterior: cerámicas a mano toscas o decoradas con retícula bruñida, huesos de animales y restos de ánforas globulares<sup>29</sup>. Entre estos materiales destacan algunos fragmentos excepcionales con decoración orientalizante<sup>30</sup>.

Todavía señala Bonsor la existencia de varios túmulos formados del mismo modo y posiblemente con la misma funcionalidad ritual en Alcaudete, Vientos y Parias, con alturas, respectivamente, de 30, 20 y 14 metros.

No parece, en cambio, que haya semejanzas entre el recinto de Cástulo y los templos y santuarios conocidos en el ámbito propiamente ibérico<sup>31</sup>. Algunos de éstos se hallan situados en las inmediaciones de un manantial; casi directamente bajo la fosa de La Muela brota actualmente un manantial, pero dadas las transformaciones que ha sufrido el terreno, no es posible asegurar que tenga alguna relación con las edificaciones superiores. Las fosas de consagración que aparecen en los santuarios ibéricos están destinadas a depositar exvotos, pero no contienen restos de sacrificios. En los estratos sellados por el pavimento de guijarros hemos hallado, sin embargo, algunos objetos que podrían tener un significado religioso. Se trata, en primer lugar, de unos objetos de cerámica tosca, de forma oblonga con incisiones en los bordes por ambos lados, de los que dos han aparecido completos, y fragmentos de al menos otros dos, [-39-] que podrían representar ídolos, a juzgar por su semejanza con otros, de piedra, hallados en el poblado hallstático de Cortes de Navarra<sup>32</sup>. Cabría pensar, en este caso, en una posible función de exvotos, igual que a propósito de un pequeño ídolo o amuleto de piedra, fragmentado, que hemos hallado en el mismo lugar. El otro tipo de objetos a que nos referimos son unas cazoletas cuyo perfil presenta cierta semejanza con el de algunas lucernas púnicas, aunque no tenemos indicio alguno de picos; están hechas a mano y presentan la superficie interior muy cuidada, con un baño de grafito que les confiere brillo metálico o de pintura roja «a la almagra». Hemos hallado fragmentos de por lo menos una docena de estos recipientes, también en la explanada que daba frente al recinto rectangular; tienen la particularidad de presentar la superficie exterior rugosa, sin trabajar, y con indicios de que iban adosados a una base de cerámica.

Tampoco parece que pueda establecerse una relación entre el recinto de La Muela y los templos griegos arcaicos, en que el témenos está en relación con un altar y una *cella* destinada a albergar simbólicamente o en imagen la presencia de la divinidad; las fosas existentes en algunos de ellos se destinan a recoger los exvotos acumulados en número excesivo en los tesoros<sup>33</sup>. Mayor parecido vemos con los santuarios chipriotas del período arcaico, como el de Ayia Irini, en los que se perpetúa un culto viejísimo certeramente ilustrado en la terracota de Vounos que representa un témenos en el que se

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, págs. 100 y ss.

<sup>29</sup> *Ibid.*, figs. 92-95, 97.

<sup>30</sup> J. Remesal Rodríguez, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEA*, 48 (1975), págs. 3 y ss, especialmente fragmentos 10-13.

<sup>31</sup> J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid, 1975, s.v. «santuario, templo».

<sup>32</sup> J. Maluquer de Motes, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico*, I, Pamplona, 1954, pág. 131.

<sup>33</sup> E. O. James, *El templo*, Madrid, 1966, págs. 215 y ss.

desarrolla un rito que incluye el sacrificio de toros<sup>34</sup>. En el recinto de La Muela hay también una cocina; en efecto, el ángulo agudo que forman los muros situados a poniente tenía esa función, como lo acredita un grueso estrato de cenizas claras, de unos 40 centímetros de espesor, que lo ocupaba totalmente y donde aparecieron cerámicas propias de cocina. Una buena ilustración de estos cultos serían las escenas que se narran en Samuel 1, 1-9 y 2, 11-17, en que aparecen las familias israelitas cocinando en el santuario de Silo las carnes que van a ser ofrecidas luego en sacrificio y consumidas por los sacerdotes y los oferentes.

[-40-]

En cuanto a otros materiales hallados en nuestra excavación, hemos de destacar la extraordinaria cantidad y riqueza en formas y decoraciones de la cerámica a mano, de tradición indígena, frente a una pequeña proporción de cerámicas a torno; éstas, al final de la segunda campaña, vienen a ser únicamente un 2 por 100 de los fragmentos recogidos. Los fragmentos a torno corresponden a formas bien conocidas en los establecimientos tartésicos de la baja Andalucía: platos, cuencos y cazuelas de cerámica gris, a veces espatulatos a torno, con superficies tersas y brillantes; platos y tazones de barniz rojo; dos fragmentos mínimos de cuello y borde de un jarro de barniz rojo de boca trilobulada; bordes de platos de barniz rojo con incisiones circulares hechas a punzón después de la cocción. Pero lo que más abundan son los fragmentos de ánforas de tipología púnica: ánforas globulares de tipo «Cruz del Negro» con decoración de bandas y series de círculos concéntricos o de simples bandas; una boca de ánfora con asas de tres tendones; fragmentos de grandes ánforas decoradas con bandas.

Hay indicios de que estas cerámicas a torno eran un producto raro y muy estimado; en efecto, es frecuente el hallazgo de fragmentos que, después de rotos, eran limados y retocados; así, tenemos varias peanas de cerámica gris retocadas que quizá se utilizaban, a juzgar por la curva del retoque, como pulidores para la cerámica a mano. Tenemos además imitaciones a mano de piezas a torno.

Como hemos indicado, estas cerámicas a torno parecen importadas en Cástulo. Hemos podido comparar nuestros fragmentos con otros procedentes del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) y apreciar que son idénticas las pastas, así como el tratamiento de las superficies y las decoraciones. Para algunos fragmentos de barniz rojo tenemos paralelos exactos en El Carambolo<sup>35</sup>. Las ánforas globulares, aparte de los conocidos paralelos de los Alcores, y en especial de la Cruz del Negro<sup>36</sup>, tienen también paralelos en los hallazgos de la necrópolis de Medellín<sup>37</sup>, aunque el tipo de decoración, con banda central adornada [-41-] de series de círculos concéntricos, que parece ser el preferido de Cástulo, tiene paralelos más acusados en los estratos bajos de la Colina de los Quemados (Córdoba)<sup>38</sup> y en Frigiliana<sup>39</sup>.

Entre las aportaciones más interesantes de nuestra excavación hay dos fragmentos a

<sup>34</sup> V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968, págs. 199 y ss.

<sup>35</sup> J. de M. Carriazo, cit., con incisiones hechas después de la cocción; barniz del tipo I, de la clasificación de Tarradell.

<sup>36</sup> G. Bonsor, cit., fig. 193.

<sup>37</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el período orientalizante en Extremadura*, cit., págs. 287 y ss., para la tipología de este tipo de ánforas en Extremadura.

<sup>38</sup> J. M. Luzón - D. Ruiz Mata, *Las raíces de Córdoba*, Córdoba, 1973.

<sup>39</sup> M. Pellicer, «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas», *SPP*, 5, Barcelona, 1969, págs. 291 y ss.; A. Arribas - J. Wilkins, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras, Frigiliana, Málaga», *Pyrenae*, 5 (1969), págs. 185 y ss. Sobre candelabros con flores de loto, H. M. Mathaus, «Bronzene Kandelabren mit Blattüberfall», *Acta Cypria*, Jonsered, 1992, págs. 214 y ss.

torno y uno a mano decorados con una imprimación de pintura roja sobre la que se han trazado con pintura blanca trazos sinuosos enmarcados por series de líneas paralelas. Este hallazgo nos indujo a revisar algunos materiales ya publicados<sup>40</sup> y otros inéditos que se hallan depositados en el Museo de Linares (Jaén). Este segundo lote, que damos a conocer ahora por su indudable interés, consta de cerámicas hechas a mano y a torno. El rasgo común de todo este conjunto es la decoración de pintura blanca, casi siempre sobre una imprimación en rojo.

Los fragmentos a mano corresponden a grandes tinajas de pastas groseras, al parecer tres en total, que describimos a continuación:

1. Seis fragmentos, dos de ellos concertados; superficie rugosa y cubierta de una imprimación de pintura roja «a la almagra», de color vivo y bien adherida. Se aprecia una decoración de retículas enmarcando cuadros con temas florales, trazos sinuosos entre líneas paralelas.

2. Seis fragmentos, concertados dos y dos; superficie de color gris oliváceo cuidadosamente espatulada. No hay indicios de imprimación en rojo. La decoración consiste en una banda con el tema de cable o *guilloche*, reticulados y series de líneas paralelas.

[-42-]

3. Siete fragmentos de tinaja; superficie finamente alisada y con una imprimación de pintura «a la almagra». La decoración consiste en reticulados entre líneas paralelas que parecen formar cuadrados.

Los fragmentos a torno corresponden a ánforas. Las pastas están bastante depuradas, con finas inclusiones de cuarzo y cerámica molida, de color ladrillo claro. Todos llevan una imprimación de pintura de color carmín fuerte, sobre la que va, trazada en blanco, la decoración:

4. Dos fragmentos con decoración de líneas que enmarcarían otros temas ahora irreconocibles.

5. Dos fragmentos con decoración de líneas paralelas que enmarcarían otros temas ahora irreconocibles.

6. Cuatro fragmentos, dos de ellos concertados, de cuello y pared de un ánfora. Los temas decorativos son un reticulado en el cuello, series de trazos sinuosos, líneas paralelas y un ajedrezado obtenido mediante el recurso de dejar en reserva el fondo de la imprimación de la pintura roja.

El interés de estas cerámicas radica en el hecho de que nos documentan el impacto de los productos del comercio fenicio en las poblaciones del interior. Los temas de reticulado son característicos de las cerámicas a mano pintada que aparecen en nuestra excavación. El tema de cable o *guilloche* se documenta en grandes tinajas a mano. El tema floral del fragmentos núm. 1 recuerda unas piezas de filigrana del tesoro de La Aliseda<sup>41</sup> que probablemente servía de aplique sobre tela; ello hace pensar que el modelo de estas decoraciones pudieron ser las telas preciosas procedentes del comercio fenicio; los finos reticulados que decoran nuestras cerámicas quizá traten de imitar la trama de los tejidos. En cuanto al tema de *guilloche* o cable, aparece en los marfiles orientalizantes, de los que han aparecido en Cástulo escasos fragmentos, pero

---

<sup>40</sup> A. Blanco, «El ajuar de una tumba de Cástulo», *Oretania*, 19 (1965), páginas 7 y ss., con la revisión de estos materiales en J. M. Blázquez - J. Valiente, «El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo», *Coloquio Internacional sobre las colonizaciones fenicias*, Colonia, 1979.

<sup>41</sup> M. Almagro Gorbea, cit., pág. 210.

significativos<sup>42</sup>.

Las decoraciones de pintura blanca de Cástulo tienen un paralelo [-43-] estricto en cuanto a la técnica en las cerámicas llamadas «de estilo Medellín»<sup>43</sup>, pertenecientes al estrato de base de esta necrópolis, con temas que presentan la misma mezcla de lo indígena y lo orientalizante. También se documenta esta técnica en piezas procedentes de La Guardia (Jaén)<sup>44</sup>. En ámbitos más lejanos, pero quizá conectados con Cástulo, aparece la técnica de pintura blanca sobre imprimación en rojo en relación con las invasiones de los campos de urnas<sup>45</sup>. El tema de trazos sinuosos en pintura blanca sobre fondo rojo es conocido en cerámicas pintadas de la Meseta<sup>46</sup>. En Cástulo, este tema se explicaría como una simplificación del cable o *guilloche*.

En nuestra excavación hemos hallado escasos fragmentos metálicos: una punta de lanza, una fibula de doble resorte con plaquita ornamental y un cuchillito de hierro, aparte de algunos lingotes pequeños de plomo de nula significación; estas piezas están actualmente en curso de restauración. Podemos adelantar que la fibula y el cuchillito son semejantes a los hallados en una tumba del túmulo A de Setefilla<sup>47</sup>.

En cuanto a la cronología de los estratos subyacentes al gran pavimento de guijarros y a los correspondientes suelos de tierra del interior del edificio rectangular, a los que pertenecen los materiales de nuestra excavación antes reseñados, nos remitimos a nuestro estudio sobre la fase orientalizante en Cástulo<sup>48</sup>, [-44-] en que le asignamos una datación entre comienzos del siglo VII y las primeras décadas del VI a.C.<sup>49</sup>.

En comparación con otros ámbitos sincrónicos del bajo Guadalquivir, Cástulo se caracteriza por una fuerte pervivencia del elemento indígena, que parece proyectarse en dos sentidos: asimilación de novedades dentro de su propio mundo (cerámicas indígenas con temas decorativos orientalizantes), adquisición de productos de lujo (bronces orientalizantes, marfiles, tejidos preciosos) y cierta lentitud al mismo tiempo para cambiar a las formas y los procedimientos industriales nuevos (bruñido de las cerámicas grises a torno; vuelta a los temas decorativos indígenas en las cerámicas claras con

---

<sup>42</sup> Fragmento de marfil de las necrópolis del Estacar de Robarinas y Molino de Caldoná; cfr., respectivamente, J. M. Blázquez - J. Remesal, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo», *CAN*, 13 (1975); A. Arribas - F. Molina, «La necrópolis ibérica del Molino de Caldoná, Finca Torrubia», *Oretania*, 28-33 (1968-69), págs. 160 y ss., especialmente págs. 173 y ss.

<sup>43</sup> M. Almagro Gorbea, cit., pág. 348.

<sup>44</sup> A. Blanco, cit., pág. 27; cfr. J. J. Jully, «Koiné commerciale et culturelle phénico-punique et ibero-languedocienne en Méditerranée Occidentale a l'Age du Fer», *AEA*, 48 (1975), pág. 33.

<sup>45</sup> T. Ortego, «Celtas en tierras de Soria y Teruel», *CAN*, 2 (1951), páginas 285 y ss. En cuanto a una posible relación entre Cástulo y la Meseta, hemos de señalar que en nuestra excavación de La Muela ha aparecido un notable conjunto de cerámicas grafitadas; cfr. J. M. Blázquez - J. Valiente Malla, *Cerámicas grafitadas del poblado de La Muela de Cástulo*.

<sup>46</sup> M. Almagro Gorbea, *La necrópolis de "Las Madrigueras", Carrascosa del Campo, Cuenca, BPH*, 10 (1969), págs. 74, 110 y ss.

<sup>47</sup> M. E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, cit., fig. 23, 5 y 7.

<sup>48</sup> J. M. Blázquez - J. Valiente, *El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo*, cit., conclusiones; sobre Cástulo, J. M. Blázquez y otros, *Cástulo*, I-IV, Madrid, 1975-85; M. P. García-Gelabert - J. M. Blázquez, *Cástulo, Jaén, España. I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas siglo IV a.C.*, *BAR International Series 425*; J. M. Blázquez - M. P. García-Gelabert, *Cástulo, ciudad ibero-romana, Madrid*, 1992. Una síntesis de las excavaciones de Cástulo: J. M. Blázquez, «Cástulo, capital of the mining district of Oretania», *Papers in Iberian Archaeology, BAR International Series 193* (II), 1984, páginas 396 y ss.

<sup>49</sup> Sobre yacimientos paralelos de esta época en el valle del Guadalquivir y comarcas adyacentes, cfr. una buena panorámica en M. E. Aubet, cit., págs. 153 y ss. Es fundamental para el sur hispánico: M. E. Aubet y otros, *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1989.

decoración de pintura blanca; estilización acusada de los temas florales orientalizantes y preferencia por los geométricos), hasta el punto de que se tiene la impresión de una cierta resistencia por parte del elemento indígena, que se mantiene fuerte en sus propias tradiciones. J

Por otra parte, la penetración de los aportes orientalizantes en Cástulo parece haberse producido a partir no de los establecimientos fenicios de la costa, sino por mediación de algún centro tartésico, es decir básicamente indígena, que ya habría asimilado la cultura, al menos material, aportada por las colonias semíticas. Este centro estaría localizado no en el Estrecho (Cádiz o sus dependencias), sino más en el interior: Asta Regia, Cerro Macareno o El Carambolo, por ejemplo. De estos centros dependerían para todo lo relacionado con el intercambio de productos orientalizantes por metales los centros mineros del interior, como Cerro Muriano, Colina de los Quemados o Cástulo.

[-45-]

*Medellín*

El poblado y la necrópolis de Medellín han sido excavados y dados a conocer en los últimos años por M. Almagro Gorbea<sup>50</sup>, e indican muy bien la penetración de los influjos fenicios muy en el interior, en tierras ricas en estaño superficial (Plin., *NH*, 34, 156). Su inicio debe fecharse antes del año 800 a.C. y cae dentro del Bronce final, pero con seguros elementos de origen meridional relacionados con los primeros influjos orientalizantes en Occidente. Se caracteriza este período por la presencia de cerámica de retícula bruñida, por la cerámica llamada tipo Carambolo, por la ausencia de cerámica fabricada a torno, y quizá por las primeras importaciones de cerámica hecha a torno. A continuación siguen las primeras producciones locales a torno y la cerámica llamada tipo Medellín, que también aparece en Cástulo.

Este primer período en Extremadura se puede denominar de la ría de Huelva, por ser esta ría uno de los principales centros típicos de esta etapa y por estar los broncees del famoso depósito (espadas, lanzas, hachas de talón y anilla) muy extendidos por toda Extremadura. Los yacimientos típicos, además de Medellín, son el de Valcorchero, fácilmente identificable con el de Boquique. Se caracteriza este período por la sustitución de la irradiación cultural procedente del oeste peninsular por la llegada del mediodía. La sustitución debió ser paulatina. La orfebrería debió ser una continuación de la anterior, como lo indica el hecho de que los torques de Berzocana<sup>51</sup> están asociados a una pátera de bronce de tipo chipriota. La minería de oro y estaño, así como la orfebrería, estimularon la llegada de estos influjos orientalizantes, que creemos que también quedan reflejados (escudos con escotaduras en V, fíbulas de codo, espejos, carros) en las citadas estelas extremeñas, que se fecha ya alguna en este período. Incluso la llegada de las cerámicas tipo Carambolo y de retícula bruñida confirman estas influencias meridionales, que proceden en origen del Mediterráneo oriental, que fueron [-46-] traídas por los fenicios, y que señalan su presencia en la costa. Hubo, pues, un comercio de objetos suntuarios, y posiblemente de telas ricas citadas por el profeta Ezequiel (27, 7, 16, 24) como objeto típico del comercio de Tiro: «Traficaban contigo en vestidos de lujo, mantos de púrpura violeta y bordados abigarrados, tapices multicolores, cuerdas sólidamente trenzadas», que utilizaba una élite aristocrática

<sup>50</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 287 y ss.

<sup>51</sup> *Ibid.*, cit., págs. 22 y ss.; *Id.*, «Orfebrería del Bronce Final de la Península Ibérica», *TP*, 29 (1972), págs. 55 y ss. La tendencia más moderna es a levantar la cronología de estos objetos.

guerrera, que era la que se enterraba debajo de las estelas grabadas, que vivía sobre el campo y que debía controlar el comercio y los caminos. Se da ahora un desarrollo preurbano, que demuestra un cambio social y económico, con desarrollo del ganado mayor, tipo bovino, como en el sur (El Carambolo, Cabezo de San Pedro y Mesa de Asta). Se caracteriza este período por una mezcla de elementos atlánticos, como las espadas de carpa, los cascos de cresta o de cuernos, con otros procedentes del Mediterráneo oriental, como los carros, los escudos con escotadura en V y las fíbulas de codo, y otros llegados de Centroeuropa (cascos de bronce con cresta de Huelva, representados en las estelas grabadas extremeñas), que prueban la llegada hasta Occidente de gentes de los campos de urnas de Centroeuropa, cuya importancia étnica fue escasa, pero no su influjo social y cultural; trajeron seguramente el rito de la incineración y el uso del enterramiento en una. De su presencia en estas regiones quedan huellas en la onomástica, en la religión y en la toponimia. La presencia de los fenicios asentados en la costa se puede deducir indirectamente de la cronología que da M. Almagro Gorbea a una serie de objetos traídos por ellos a Occidente, como son las fíbulas de codo, los escudos con escotadura en V y los carros, que los fecha en torno al siglo IX o incluso en el siglo X a.C.

El segundo período en Medellín, llamado orientalizante reciente, se fecha a partir de final del siglo VIII a.C. y termina antes de 600 a.C. Se caracteriza por la aparición de la vida urbana y por una penetración masiva de elementos orientalizantes, que desplazan progresivamente los característicos del Bronce final, lo que indica un intenso comercio con el sur y una fuerte asimilación. Se generaliza el uso del torno de alfarero y del hierro, que quizá llegó en el período anterior. Termina la cerámica de retícula bruñida y aumenta la de tipo Medellín.

El tercer período de Medellín, llamado orientalizante tardío, abarca de 600 a.C. hasta mediados del siglo V a.C., fecha en [-47-] que se detectan elementos de origen posiblemente meridional, de la cultura turdetana. Se caracteriza esta tercera fase de la vida del yacimiento por la generalización del uso del torno, el afianzamiento de la cerámica gris, las importaciones de barniz rojo y el predominio de las urnas decoradas a bandas.

En la etapa orientalizante antigua el comercio de objetos de lujo en Extremadura se organiza mejor. Se intercambian por materias primas, oro y estaño, mencionados por el profeta Ezequiel (27,12), en compañía del hierro y del plomo, como objetos traídos de Tarsis, y tal vez, como sugiere M. Almagro Gorbea, por pieles, carnes y esclavos, citados como mercancía fenicia de intercambio (Ez. 27, 13). Somos de la opinión que el comercio de estos últimos fue de capital importancia. A estos objetos pertenecen los jarros de bronce, como el de Coca, que hablan de una penetración muy al interior de estos objetos y de los ritos funerarios con ellos relacionados, y también, en opinión de M. Almagro Gorbea, los carros, escudos circulares, espejos y peines de las estelas decoradas extremeñas de la variante II C-D, al igual que las fíbulas de pivote y aguja libre de Sanchorreja (Ávila). Continúan los mismos ritos funerarios, lo que prueba una continuidad social y religiosa con el período anterior. Hace su aparición las imitaciones locales de cerámicas a torno, lo que señala la existencia de un artesanado y los primeros grafitos, que son simples signos, que demuestran una vez más unas relaciones intensas con el Sur.

Estas relaciones comerciales modifican, en la fase orientalizante reciente, los ritos funerarios, la religión y la organización social. La maciza orfebrería de oro del período anterior es sustituida por otra, que se supone procedente de las factorías asentadas en la

costa y muy particularmente de Cádiz, fabricadas con técnicas traídas por los fenicios, como el granulado, el repujado y la filigrana. Algunas joyas son importadas (La Aliseda) de fuera de la Península, las piedras preciosas de este tesoro proceden seguramente del Sinaí, pues Tiro comerciaba con ellas (Ez. 27, 16, 22), al igual que la botella de vidrio tallada de La Aliseda, obra de norte de Siria. Otras joyas proceden de talleres del sur (Cádiz).

Las ánforas indican un nuevo comercio de líquidos, aceite o vino. Ahora se debió introducir el cultivo de la vid. Enseguida fueron copiadas por alfareros locales. La existencia del aceite [-48-] queda demostrada por la presencia de lámparas de aceite, aunque este sistema de iluminación no se generalizó, pues su número es escaso. Aceite y vino eran líquidos con los que comerciaba Tiro, según Ezequiel (27, 17-18) y fueron traídos aquí por los fenicios.

La ganadería mayor continuó teniendo una importancia mayor que la menor (cabras y ovejas), en número doble con respecto al ganado porcino. El caballo es escaso, aunque Hispania abundaba en ellos (Str. 3, 4, 15), lo que indica que no se comía o que era animal de lujo. El ciervo es muy abundante.

En Medellín, en este período, hacen su aparición los crisoles y escorias de bronce en el poblado, así como el hierro y los grafitos, que son marcas sobre cacharros, y que demuestran que, al menos algunos, conocían el uso de la escritura; al parecer los grafitos son fenicios, todo lo cual confirma las intensas relaciones con los pueblos del mediodía, mediante caminos bien trazados, la presencia de artesanos, metalúrgicos y de comerciantes, junto a una élite aristocrática, fuertemente semitizada, que se enterraba en túmulos, siguiendo el ritual fenicio, y usaba en él jarros y braseros, como en Carmona y en Setefilla.

Se ha pensado que estas gentes extremeñas se desplazan hacia el sur, llegando hasta Cádiz, como mercenarios primero y después como jefes. El rito de enterramiento en túmulos es coetáneo en la necrópolis de Medellín al de las urnas y sería un indicio, al igual que en Carmona, de una diferencia de clases, de gentes acomodadas, pero de inferior riqueza, que las que se enterraban en los túmulos. M. Almagro Gorbea piensa que pertenecen a artesanos y comerciantes de centros urbanos.

Se asimilan en este período, según se aludió ya, los ritos traídos por los fenicios. El brasero y jarro de La Aliseda se utilizó en el mismo ritual que los empleados en Huelva, en Niebla y en Carmona, ritual muy extendido por Extremadura y regiones situadas al norte, según lo da a entender la presencia de los jarros y braseros de Mérida, Siruela, Villanueva de la Vera, Coca y Sanchorreja (cinturón con grifo y palmeta de cuenco). El mismo rito se practicó en Cartago, Etruria, Chipre y Fenicia en el período orientalizante. Estos ritos son pruebas en Extremadura de una profunda semitización en estas gentes, ya que la religión evoluciona y cambia mucho más lentamente que otros aspectos [-49-] culturales. Es ahora cuando estas poblaciones veneran dioses típicamente fenicios, como Reshef (Medina de las Torres) y las diosas aladas del Berrueco, que representan a Astart-Anat. Una *Pothnia Theron*, *Astarté* entre aves, como en Ilici, está representada quizá en una placa decorada con granulado del tesoro de Serradilla<sup>52</sup>, que es un paralelo para un bocado de caballo de Sevilla. Ahora penetran temas religiosos traídos por los fenicios, como el mito de Gilgamés (La Aliseda), el grifo (La Aliseda, Sanchorreja), el árbol de la vida (Medellín). Los *thymiateria*, como los de La Codosera y Sefara, son pruebas de la introducción de ritos fenicios en los que los aromas desempeñaban un

---

<sup>52</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 223 y ss.

importante papel<sup>53</sup>. Tiro traficaba con ellos, según Ezequiel (27, 17, 19). La presencia de unos crótalos en la necrópolis de Medellín aluden a cantos fúnebres de origen fenicio, introducidos desde Oriente.

El rito funerario de esta necrópolis acusa influjo fenicio igualmente. Era muy complejo, como el de La Joya. Se elegía el lugar de cremación, se recogían los huesos, posiblemente envueltos en gasas, se les lavaba y se les introducía en una urna, y se colocaban recipientes, que contenían aceite o miel. Este ritual está documentado en Chipre y es descrito por Hornero con ocasión de los funerales de Patroclo<sup>54</sup>. Se cubría con un túmulo el lugar de la incineración, se depositaba la urna en un hoyo aparte y se colocaban las ofrendas sobre el lugar de la cremación. Se organizaban pequeños *silicernia*, lo que es un indicio claro de un culto a los muertos. Este ritual lo practicaban todas las poblaciones del mediodía y suroeste, según se ha visto ya, influidas por las factorías fenicias asentadas en la costa.

En Medellín y Cruz del Negro se enterraban en urnas depositadas en hoyos. Este rito parece típico de los artesanos y comerciantes, que vivían en los centros urbanos y eran dueños del lujo, como cerámicas importadas, marfiles, etc. Este tipo de sepultura se documenta en Setefilla y probablemente en La Aliseda, junto a los túmulos. Poco a poco se formó la llamada etapa orientalizante tardía, una cultura orientalizante que impregnó [-50-] de tal manera todos los aspectos de la vida de estas poblaciones, que es imposible distinguirlas de los peculiares de la cultura indígena. Ahora es cuando se atestigua bien claramente la existencia de artesanos; se generaliza la escritura y se extienden los elementos típicos del período orientalizante. La producción artesanal local sustituye a la importada, como lo prueban los citados *thymiateria* de La Codosera y de Safara, las joyas de Medellín y de Almendralejo<sup>55</sup>. Los talleres estarían localizados en los centros urbanos. La población urbana predominaría sobre la rural, lo que originaría un cambio en la estructura económica y social, que llevaría consigo la desaparición de las élites rurales de final de la Edad del Bronce, como lo indica la ausencia de túmulos y de las estelas. Ahora hay fundidores de metal, a juzgar por las escorias y por los trozos de crisol. La metalurgia de hierro se pone de moda.

Sin embargo, llegan todavía algunos elementos importados del Sur, como los jarros de Mérida y de Villanueva de la Vera, de la primera mitad del siglo VI a.C. y el de Valdegamas, que sigue modelos de un taller campano, los braserillos hallados en Sanchorreja, los broches calados de Sanchorreja y Medellín, quizá fabricados estos últimos sobre el lugar, como sugiere M. Almagro Gorbea, y ello es muy posible. De fabricación local creemos que son el carro de Mérida y el guerrero de Medina de las Torres, al igual que los citados *thymiateria*, que siguen modelos fenicios. Se importa en este momento del Sur cerámica ática, traída a Occidente en barcos fenicios, como el *kylix* ático de Eucheiros, hallado en Medellín.

### *La Peña Negra. Crevillente*

La *Ora Marítima* de Avieno, que para nosotros remonta a una fuente púnica y no griega, según afirma el mismo autor (414-415); «*Haec nos ab imis punnicorum annalibus / probata longo tempore edidimus tibi*», y por eso no menciona a Ampurias, por

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, cit., págs. 245 y ss.

<sup>54</sup> V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, págs. 8 y ss., 26 y ss., 71.

<sup>55</sup> M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final*, cit., págs. 230 y ss. 50

describir una etapa anterior a la fundación de la colonia griega, menciona a los fenicios (459-460): «*ista phoenices prius / loca incolebant*», habitando la costa del Levante. Probablemente estaban [-51-] interesados en la plata de los Pirineos, que gravó Catón en el año 195 a.C. con un gran tributo, según Livio (34, 21) y Gelio (*NA* 2, 22, 28).

Como prototipo de la asimilación por las poblaciones indígenas, en este caso hallstáticas, de los elementos culturales traídos por los fenicios, puede citarse el poblado de La Peña, en Crevillente, recientemente dado a conocer<sup>56</sup>. El poblado tuvo dos grandes etapas. La primera comprende desde 725 a.C. aproximadamente hasta el año 650 a.C. Se caracteriza este período por un *habitat* con fondos de cabañas. La economía es de tipo pastoril (ovejas y cabras); la cerámica está fabricada a mano, es pintada y tiene incrustaciones. Se documenta en este período una actividad textil de tipo familiar. En el segundo período, que abarca hasta el año 500 a.C., perviven las formas cerámicas hallstáticas; hacen ahora su aparición las cerámicas fenicias a torno; se fabrican cerámicas indígenas a torno y las casas son de forma rectangular. La economía es mixta, agrícola comercial. Estas gentes conocen el hierro, el bronce y la orfebrería de oro y plata. La presencia de los fenicios significó un cambio profundo en este poblado, aunque los habitantes seguían siendo los mismos. Los numerosos fragmentos de ánforas odriformes prueban bien claramente la existencia de un activo comercio de líquidos, aceite y vino, en manos de los fenicios. Las tinajas anforoides estaban dedicadas al almacenamiento de cereales. Los cuencos grises son unas cerámicas muy típicas de la fase arcaica de la colonización fenicia. Las formas están traídas de Oriente, no así las pastas. Todas estas cerámicas, como sucedió en todos los yacimientos indígenas del mediodía, fueron imitadas por las poblaciones nativas y se generalizó en este momento el uso del torno del alfarero. Pervivieron formas típicamente indígenas. El sistema de construcción de las casas rectangulares, a base de muros con zócalos hechos con piedras con barro, que sirven de basamento de las paredes de adobe y tapial, fue una técnica de [-52-] construcción introducida, sin duda, por los fenicios en Occidente. Aparecen molinos barquiformes, indicios de una mayor importancia económica de la agricultura. Las gentes de esta segunda etapa conocen el uso del hierro. Los fenicios también llevaron al Levante la iluminación mediante lucernas de tipo griego arcaico. Hay productos importados, como un amuleto en forma de halcón, de procedencia egipcia, y seis en forma de escarabeos con decoración en la base y fabricados de pasta vítrea. Tienen la forma frecuente de los escarabeos egipcios de época tardía, o sea, del primer milenio a.C.; sin embargo, no pertenecen a un tipo demasiado corriente, pues no se les conocen paralelos exactos en la Península para las bases de estos escarabeos, que por su forma y material se emparentan con ejemplares de Cartago, de los siglos VII-VI a.C. y principalmente de Naucratis. También se relacionan con ejemplares hallados en el Santuario de Perachora, que se han supuesto ser de manufactura rodia. Fueron traídos probablemente por los fenicios e intercambiados a los indígenas por materias primas.

Una diadema de oro encontrada en el poblado está decorada con temas típicamente orientalizantes y fenicios, como la palmeta de cuenco y las rosetas cruciformes.

---

<sup>56</sup> A. González, *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de la Peña Negra, Crevillente (Alicante) (1ª y 2ª Campaña)*, Madrid, 1979; J. Maluquer, *Catalunya: Baix Ebre*, Barcelona, 1987, Necrópolis del bajo Ebro con influjo fenicio, griego y etrusco; M. T. Mascot - J. San Martí - J. Santacana, «Novedades sobre el comerç fenici a Catalunya», *Prehistoria I, Arqueologia de la Conca del Segre*, Puigcerdá, 1988, págs. 185 y ss.

## *La necrópolis de Setefilla*

En esta necrópolis se ha excavado recientemente dos túmulos del más alto interés para conocer la asimilación por los pueblos del interior de los rituales e ideas traídas por los fenicios sobre la ultratumba. El túmulo A, que es el único que examinaremos, consta de una cámara funeraria y de túmulo propiamente dicho. Las paredes de la cámara descansaban sobre un suelo artificial, que forma una gran plataforma. El monumento funerario consta de dos grandes estratos bien diferenciados: el túmulo artificial y el estrato anterior al monumento superpuesto a la roca, que contiene una necrópolis de incineración en urnas. El levantamiento del túmulo arrasó varias sepulturas de incineración semejantes a las de la base. Otras cuatro sepulturas estaban sobre la necrópolis de la base y son contemporáneas a la continuación de la cámara, y anteriores a la edificación del túmulo. Ocho grandes losas hincadas en el suelo delimitaban el área del [-53-] túmulo, formando un círculo perfecto. Otras varias se encontraban en otros cuadrantes. Estas estelas tenían probablemente una finalidad ritual funeraria. El campo de urnas tenía una gran densidad, y estaban en el interior de una fosa circular excavada en la roca. Otras concavidades circulares y oblongas entre los huecos excavados igualmente en la roca sólo contenían cenizas, que han sido interpretadas por M. E. Aubet como depósitos funerarios destinados a conservar los restos de la cremación, previo lavado o tamizado de los huesos depositados en las urnas. La cámara está formada por un recinto funerario de forma rectangular.

Su alzado es de forma de pirámide truncada; la construcción es de mampostería con piedras dispuestas a seco.

El túmulo presenta cuatro fases en su construcción, siendo la más antigua el estrato inferior superpuesto a la roca virgen con la extensa necrópolis de incineración con 40 urnas, que se emparentan con las halladas en la necrópolis de Los Alcores. Sobre este estrato se echó un piso artificial de arcilla, que es la base de la cimentación sobre la que se levantó la cámara funeraria. Esta cámara debió ser una sepultura de inhumación, individual o familiar en el suelo excavado en la roca. La segunda fase es la construcción del cuerpo central de la cámara. La tercera corresponde al segundo cuerpo rectangular de la cámara, que forma un falso corredor. La última fase es el túmulo propiamente dicho.

El espacio de tiempo transcurrido entre la necrópolis de urnas y el túmulo parece ser el de una generación; lo que indica una gran densidad de población en la región Setefilla.

Toda la cerámica es de una gran homogeneidad y uniformidad en las pastas, en la técnica y en la tipología de los vasos, que son de origen local.

Un primer grupo, atendiendo a las pastas, técnicas de fabricación y tipo de cocción, está integrado por las urnas cinerarias ovoides y de cuello acampanado, y los cuencos carenados con o sin decoración bruñida, cerámicas todas ellas bien conocidas en el bajo Guadalquivir.

El segundo grupo está formado por urnas bicónicas y cuencos pequeños de doble asa.  
[-54-]

En el tercer grupo entran las cerámicas fabricadas a torno rápido, y con arcillas muy depuradas, de barniz rojo, o de pintura bicroma.

Las urnas de Setefilla siguen una tradición local, con una técnica documentada en El Carambolo Alto y en el Cabezo de San Pedro, que remonta por lo menos al siglo IX-VIII a.C.

Algunos ejemplares de Setefilla de cuerpo ovoide rugoso y alto cuello bruñido son idénticos a los hallados en el Poblado Bajo de El Carambolo, Cabezo de San Pedro y Colina de los Quemados. Fuera del área tartésica y como procedente de ella, se documenta esta cerámica en Cataluña, Languedoc y Rosellón, pero ya en los siglos VI-IV a.C.

Los cuencos carenados con retícula bruñida son muy abundantes en este túmulo. Están hechos a mano. La decoración es de rombos, distribuidos en cuadrantes, decoración típica del bajo Guadalquivir, pero diferente de los ejemplares portugueses y de Huelva. La cerámica con retícula bruñida de Setefilla se relaciona con ejemplares de la provincia de Sevilla, Poblado de El Carambolo Bajo, Carmena, Entremalo, Cruz de Negro, fechados todos entre los siglos VII-VI a.C. y con los cuencos bruñidos de la tumba 9 de La Joya y con los de Medellín.

El uso de estos cuencos bruñidos era variado; unas veces se utilizaban como vajilla, otras eran platos de ofrendas, tapaderas de urnas, o eran reaprovechados como recipientes cinerarios, al igual que en una tumba de La Joya, y en la necrópolis arcaica de Castellones de Ceal (Jaén).

De particular interés son las cerámicas a torno pintadas de barniz rojo. Se caracterizan por una gran uniformidad de pastas, de barniz, de pintura y de cocción. Las formas no siguen la tipología bien conocida de las factorías fenicias de Málaga y Granada, por lo que M. E. Aubet supone que proceden de un taller situado al occidente del Estrecho, localizado probablemente en Cádiz. Los platos de Setefilla se emparentan con los ejemplares de El Carambolo Bajo, del Cerro Salomón, del Cabezo de San Pedro, del Cabezo de la Esperanza y de La Joya. Las dos urnas pintadas siguen modelos típicos de la cerámica fenicio-púnica de Occidente, frecuente en la Península, documentados en el santuario de Salambó en Cartago, y en los siglos VII-VI a.C. en las necrópolis fenicias del norte de África.

El vaso caliciforme es gemelo al hallado en La Joya; ambos [-55-] son el eslabón necesario entre los ejemplares arcaicos de Cartago y los ibéricos del siglo V en Tugia.

Las cerámicas pintadas de origen púnico hacen su aparición en el valle del Guadalquivir entre los siglos VII y VI desde los talleres del Estrecho, y son los prototipos de las cerámicas ibéricas pintadas, de fecha posterior.

El alabastrón de barniz rojo de Setefilla aparece en las factorías fenicias del norte de África y de la Península, y en los poblados tartésicos de los siglos VII-VI a.C. El soporte hallado en Setefilla, de forma de carrete de barniz rojo decorado a bandas negras y rojas, sigue el mismo modelo que los ejemplares de El Carambolo Bajo, Cabezo de San Pedro y La Joya; es una forma indígena copiada en los talleres fenicios.

Los cuchillos afalcatados son muy frecuentes en las necrópolis chipriotas, de Tánger, del Bajo Alentejo, de La Joya, etc.

Las urnas de incineración de Setefilla se fechan en los comienzos del siglo VI a.C., y todo el túmulo no antes de mediados del siglo VI a.C.

La cremación de los cadáveres es el ritual funerario más extendido en Setefilla. La urna se depositaba en un pequeño hoyo excavado en la roca. Los huesos calcinados eran tamizados, lavados y separados de las cenizas, antes de ser colocados en las urnas. Los vasos cinerarios no contenían restos de cenizas, fenómeno atestiguado también en la necrópolis de La Joya, Frigiliana, Medellín y Rachgoun. Como ya se indicó, hay huellas de depósitos funerarios de cenizas y de restos humanos que demuestran que los huesos se depositaban aparte de las cenizas. Igualmente, estos depósitos aparecen en Medellín, Rachgoun, Frigiliana y Castellones de Ceal.

Las urnas funerarias contenían no sólo los huesos quemados, sino el ajuar de bronce e hierro y algún plato de tamaño pequeño; una o más vasijas colocadas alrededor tenían alimentos o líquidos. Las urnas bicónicas bruñidas aparecen generalmente aisladas, colocadas en el hueco de la roca, vacías o con escasos huesos y no asociadas con alguna sepultura. Este ritual, como señala M. E. Aubet, está asociado al mismo tipo cerámico. Algunas urnas estaban vacías, pero tenían ajuar.

En la necrópolis de Setefilla existen juntos los dos ritos de inhumación e incineración, sin diferencias grandes en los ajuares [-56-] Las inhumaciones están en fosas excavadas en el terreno y contenía inhumaciones individuales y colectivas o incineraciones e inhumaciones juntas, tanto en las tumbas como en el exterior. La coexistencia de ambos ritos se observa en otras necrópolis tartésicas contemporáneas, como en La Joya, en Los Alcores de Carmona y en Villaricos. El mismo fenómeno se observa en la Etruria arcaica.

Otras veces predomina un determinado rito; así la incineración bajo túmulo, en la necrópolis del Acebuchal; y túmulos y fosas de incineración e inhumación indistintamente en las necrópolis de Carmona, Bencarrón y Entremalo. Los cementerios de Alcaudete, Alcantarilla y Cañada de Ruiz Sánchez tienen túmulos de incineración y en Cruz del Negro, incineraciones en fosa.

Los paralelos más próximos para los túmulos con cámara de Setefilla se encuentran en el norte de Marruecos<sup>57</sup>, pero su cronología es muy insegura; al parecer, son de fecha más reciente.

El ritual funerario de Setefilla se asemeja bastante al de Medellín, donde M. Almagro Gorbea ha distinguido tres tipos: a) *busta o loculi* o lugares de cremación no documentados en Setefilla; b) *silicernia* u hogueras rituales o de ofrendas; c) hoyos con las urnas conteniendo los huesos de los cadáveres. Los depósitos de ofrendas están bien atestiguados en el área fenicia, como el Trayamar y en Salamina de Chipre, en la Grecia del período geométrico y arcaico, en la Roma arcaica y en otros muchos cementerios, como en Aleria, en Córcega y en Enserune. El ritual de fuego asociado a ofrendas se repite en Medellín, necrópolis que se emparenta, en cuanto al ritual funerario, principalmente con las de la Cruz del Negro, y en menor grado con las del Acebuchal y del Alentejo portugués (Mealha-Nova y Herdade do Pego), en Pozo Moro, en Aleria y Motia. Este ritual funerario fue traído por los fenicios a Occidente, donde arraigó y pasó a [-57-] los iberos (Necrópolis del Cabecico del Tesoro, Murcia)<sup>58</sup>. Los ajuares de todas estas necrópolis recuerdan a los de Tell el-Faria, Khalde y Atlit. En las dos últimas se documentan, igualmente, la inhumación y la incineración. En la necrópolis de Motia son bien conocidas las incineraciones en hoyos. Las necrópolis de Medellín y de Cruz del Negro, indígenas, como las de Setefilla y de Frigiliana, siguen idéntico rito funerario y se caracterizan por la existencia de *busta*. La asimilación de este ritual, de origen fenicio, por las poblaciones indígenas, muy probablemente, como propone M. Almagro Gorbea, fue gradual, como parecen indicarlo las necrópolis de Rachgoun, Frigiliana, Setefilla y Huelva. Las de Rachgoun y Frigiliana ocuparían un puesto intermedio.

La población de Setefilla se dedicaba fundamentalmente a la ganadería. La economía

---

<sup>57</sup> M. Ponsich, *Recherches archéologiques à Tanger et dans sa région*, París, 1970, *passim*; *id.*, «Pérennité des relations dans le circuit du Détroit de Gibraltar», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, 3 (1975), págs. 655 y ss.; C. J. Pérez -D. Ruiz Mata, «Necrópolis tumular de Las Cumbres. El túmulo 1. Puerto de Santa María, Cádiz», *Revista de Arqueología*, 9, 1988, págs. 36 y ss.

<sup>58</sup> G. Nieto, «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)», *ABSA*, 9 (1943), págs. 192 y ss.; 10 (1944), págs. 165 y ss.; 6 (1939-40), págs. 137 y ss.

ganadera era la dominante en estas poblaciones tartésicas de Guadalquivir, como ha quedado bien reflejado en los mitos<sup>59</sup>. En las proximidades de Setefilla había minas de cobre y de galena, que también pudieron desempeñar un papel importante en la economía y atraer a las poblaciones de Extremadura y de la Meseta.

En las grandes cámaras se enterrarían los régulos locales, que constituían una verdadera aristocracia ganadera y que concentraría las riquezas e importaciones en sus manos, del tipo de los citados en las fuentes literarias, que narran episodios de la segunda guerra púnica, como Kolichas, que, según Livio (28, 13, 3), en el año 209 a.C. reinaba sobre 28 ciudades y en 197 sólo sobre 17 (Liv. 33, 21, 6) y Luxino, que gobernaba sobre las poderosas ciudades de Carmena y de Bardo.

[-58-]

### *Épocas turdetana e ibera*

Las raíces de estas culturas se hunden en el período anterior, de fuerte influjo fenicio. Continúan ahora los elementos culturales de origen semita, en los más variados aspectos:

A) *Religión*. 1) Diosa sentada de Baza, de la primera mitad del siglo IV a.C., que, aunque sigue modelos griegos de terracotas sur-italicas, muy preciadamente representa a Tanit, como los indica su atributo, la paloma. Sería la misma diosa de un pendiente de Santiago de la Espada (Jaén), también con su atributo, posiblemente, de la Dama de Elche, de la misma fecha, de las diosas aladas de Ilici, de época helenística, y de la Dama entronizada de la Serreta de Alcoy, acompañada de aulistas, sosteniendo niños<sup>60</sup>. Un ritual de Tanit consistía en danzas sagradas representadas en una pintura de Ilici y en la terracota de la Serreta de Alcoy<sup>61</sup>; 2) Amuletos de origen fenicio, que adornan el pecho de las Damas de Elche y de Baza, y de Bes, del Cortijo de Evora; 3) Santuario de Alcoy, cuyos exvotos de terracotas siguen modelos semitas; 4) Santuario dedicado a Tanit, hallado en el *caput aquae* del acueducto de Itálica<sup>62</sup>, que sería gemelo al de El-Hofra, en África. El culto a Tanit estuvo muy arraigado en la Península, aunque su nombre no se lee sobre los objetos de los monumentos, como se deduce de la extensión del culto a *Dea Caelestis*, versión romana de la Tanit cartaginesa, en época romana<sup>63</sup>. La concentración de los lugares de culto está en el sur y en la costa del sureste ibérico, la región que más directamente estuvo bajo el influjo semita.

B) *Escultura*. Una serie de esculturas turdetanas e ibéricas acusan influencias orientales traídas por los fenicios; así el toro tumbado de Porcuna, la antigua Obulco, que debió ser objeto de culto, responde a cánones orientales, bien patentes en los capiteles persas. El toro tumbado de Osuna es parte de una puerta, concepción arquitectónica típicamente oriental, igualmente. [-59-] En la llamada Bicha de Balazote (Albacete), que formó parte, también, de una puerta, siempre han señalado los investigadores que de ella se han ocupado (J. Camón, A. García Bellido, J. M. Blázquez) su influjo oriental<sup>64</sup>. En el arte neohitita (leones de Karkemish, Sakigozü,

<sup>59</sup> J. Remesal, «Gerion, Habis et Arganthonios. Le peuplement protohistorique d'Andalousie», *Caesarodunum*, 13 (1978), págs. 184 y ss.

<sup>60</sup> J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, cit., págs. 30 y ss.

<sup>61</sup> *Id.*, *Imagen y mito. Estudio sobre religiones mediterráneas*, cit., págs. 332 y ss.

<sup>62</sup> A. Canto, «El acueducto romano de Itálica», *MM*, 20 (1979), págs. 329 y ss.

<sup>63</sup> A. García y Bellido, *Les religions orientales dans l'Espagne Romaine*, Leiden, 1967, págs. 140 y ss.

<sup>64</sup> J. M. Blázquez, *Arte de la Edad de los Metales*, cit., págs. 296 y ss., con toda la bibliografía menuda.

Gölludag, Tell Halaf, etc.)<sup>65</sup> se ha buscado recientemente los prototipos de los leones ibéricos y turdetanos, guardianes de tumbas y tumbados (Cástulo, Baena, Pozo Moro, Manga, Castro del Río, La Guardia, etc.), de comienzos del Helenismo y posteriores. Ya la idea del león guardián de tumbas es semita (sarcófago de Airad de Biblos).

Chipre debió seguir influyendo en la Península Ibérica, como lo demuestran los citados símbolos de la Gran Madre representados sobre la cerámica de Ilici y las damas oferentes del Cerro de los Santos, cuyo hieratismo recuerda muy de cerca las esculturas chipriotas. Las diademas con los extremos triangulares son de origen fenicio; aparecen por primera vez en el Tesoro de La Aliseda.

C) *Arquitectura*. A partir del siglo V, o tal vez antes, se desarrollan unas fortificaciones con muros ciclópeos, del tipo de las de Tarragona, levantadas con grandes bloques de piedra, algunas veces recalzados y almohadillados. Frecuentemente son rectangulares. Las fuentes antiguas las conocen con el nombre de «Torres de Aníbal», sin duda porque este general cartaginés las empleó en sus campañas (Plin., *NH* 2, 181; 35, 169, Liv. 22, 19); entre ellas podemos citar las de El Higuérón, El Castillarejo, El Cambroner, San Cristóbal, La Oreja de la Muía, Doña Esteban, El Minguillar, El Caserón del Portillo, Ibros, etc., todas en Turdetania. Es un tipo de construcción que emplearon los cartagineses en construcciones semejantes a Túnez, Argelia, Sicilia y Cerdeña y con las cuales formaron un *limes* o frontera, como en Kebilia, en Ras el Portas, en Ras ed-Drek (para ceñir Cabo Bon y dominar el canal de Sicilia), en la fortaleza de Ras Zebid, y en el *limes* de Cartago a lo largo del curso del Seybouse, para controlar las vías de penetración a los cotos mineros de Sierra Morena. De este modo se construyó una compleja línea [-60-] defensiva, como en Sulcis (Cerdeña). La fortificación de El Higuérón se asemeja mucho a la fortaleza de Kelibia en su sistema de construcción y a la de Monte Sirai (Cerdeña).

Este tipo de aparejo se utilizó también en la construcción de murallas, como en Cástulo.

Se conservan diferentes elementos arquitectónicos, procedentes principalmente de Osuna y de varias localidades de Jaén y Granada, donde se han descubierto numerosas tumbas de uno o más recintos, fechadas, a juzgar por la cerámica ática, en la segunda mitad del siglo V y en la primera mitad del siguiente. En algunas aparece por primera vez el aparejo de sillería y una decoración plástica muy desarrollada. Estas tumbas se asemejan mucho a las *built tombs* de Chipre, que sin duda derivan de prototipos orientales, sin intermedio de Cartago. Los elementos decorativos de la arquitectura meridional son vegetales más o menos estilizados y motivos de cestería. También se adornaban con ovas. Motivos de cestería y orlas de ovas se esculpieron en un capitel cuadrado de Castellar de Santisteban, hoy en el Museo Arqueológico de Barcelona, con cuatro máscaras humanas en los extremos; motivos de cestería y caras se repiten en un capitel inédito de Cástulo. En esta ciudad ha aparecido últimamente un capitel rectangular adornado sólo con orlas de ovas.

En un sillar de Osuna se esculpió en relieve una columna jónica, de fuste estriado y volutas de extremos enrollados. Entre las volutas crece una flor y en los ángulos superiores una hoja lanceolada pequeña. Del pie del fuste parten dos tallos doblados en espiral.

Esta composición representa el Árbol de la Vida.

La adaptación de una columna jónica a una superficie plana nunca se documenta en

<sup>65</sup> *Ibid.*, págs. 296 y ss.; J. M. Blázquez, «El arte neohitita y los orígenes de la cultura ibérica y turdetana», *Gaya*, 120 (1974), págs. 345 y ss.

el arte griego, pero sí en Chipre (Tamassos, siglo VI a.C.) y en Cartago, donde esta columna se interpreta como árbol de la vida. Osuna ha proporcionado otros sillares con la misma decoración, como un árbol de palmetas con un cordón como orla decorada, ignorándose la finalidad del edificio al que pertenecían. Es muy bello un fragmento de friso o jamba de puerta, procedente de Cástulo, guardado en el Museo Arqueológico Nacional. En él las palmetas se encierran en grandes espirales en forma de lira, ligadas por su extremo superior, como es frecuente en los árboles de palmetas fenicios. Se ha buscado los prototipos dentro del arte fenicio de los marfiles, [-61-] como en un marfil de Megiddo, que recuerda la composición de las placas de cinturón.

Una decoración de liras contrapuestas se encuentra en una pieza arquitectónica de Osuna y liras simples (quizá también contrapuestas, pero el trozo decorativo está partido de arriba abajo) se halla en otro fragmento de Cástulo, lugar donde, en otro capitel cuadrado, se esculpieron una red de tallos y rosetones, que rodean toda la piedra y que recuerdan a un marfil de Megiddo.

En Montilla (Córdoba) se halló un fragmento decorado con espirales en la parte superior, con una orla de ovas en la central y con espirales en las partes laterales inferiores; la parte central lleva un dibujo de trenza con las puntas dobladas hacia fuera. En la tumba 75 de la necrópolis de Tutugi (Galera) se encontró una zapata con espirales en los laterales y en el centro un rosario de perlas en relieve. Todas estas piezas prueban que existió en el Sur una arquitectura de gran vistosidad por los elementos decorativos, de origen fenicio y oriental, que se nos ha perdido y de la que sólo quedan algunos testimonios de muestra, aislados; todo lo cual confirma un esquema que parece válido, el de la preponderancia griega en la costa ibera mediterránea y la preponderancia fenicio-púnica en el Sur.

Algunos elementos decorativos de edificios siguen modelos semitas, como las palmetas de cuenco que decoran una tumba de Galera<sup>66</sup>.

La Península Ibérica fue a partir de la batalla de Himera, 480 a.C., una cantera de mercenarios para Cartago<sup>67</sup>, como lo indica su presencia en todas las guerras greco-púnicas: batallas de Himera (Her. 7, 165), en los asaltos y toma en Selinunte, 409 a.C. (Diod. 13, 44, 6), en la toma y destrucción de Himera, 409-408 a.C. (Diod. 13, 82, 172), en la toma de Agrigento, 406 a.C. (Diod. 13, 80, 2), en la caída de Gela y de Camarina, 405 a.C. (Diod. 13, 110, 6) y en el segundo sitio de Siracusa, 396 a.C. (Diod. 14, 54, 5-6). Durante la segunda guerra púnica, lusitanos y celtíberos son la columna vertebral del ejército de Aníbal (Liv. 21, 43, 8); estos pueblos tenían un gravísimo problema [-62-] económico y social, que les obligaba a enrolarse como tropas mercenarias en los ejércitos de cartagineses y romanos para encontrar una válvula de escape a su mala situación económica<sup>68</sup>.

Todavía en el año 203 a.C. los cartagineses buscaban mercenarios en Hispania (Liv. 30, 21, 3).

Aunque no se puede hablar de una conquista de parte del territorio hispánico hasta la llegada de los Bárquidas, sin embargo, algunos datos indican bien claramente que ejercían los púnicos cierto control en el sur y en el levante ibérico. El segundo tratado entre Roma y Cartago, 348 a.C., así como el tercero, 306 a.C. y el cuarto, 279 a.C. (Pol. 3, 24-25), dejaba las manos libres a los cartagineses para comerciar libremente en el sudeste ibérico, donde se encontraban las ricas minas de Cartagena, y de Almería, en

<sup>66</sup> J. M. Blázquez, *Arte de la Edad de los Metales*, cit., págs. 306 y ss.

<sup>67</sup> A. García y Bellido, *Historia de España. España protohistórica*, Madrid, 1975, págs. 647 y ss.

<sup>68</sup> J. M. Blázquez, *La romanización*, I, Madrid, 1974, págs. 191 y ss.

toda la costa meridional, por donde salían, Guadalquivir abajo, o desde Oretania a la colonia púnica de Baria, todos los minerales de Sierra Morena. Estas minas se explotaban antes de la segunda guerra púnica por los indígenas (Diod. 5, 35-38).

Las minas hispanas explotadas por los romanos lo fueron antes por los cartagineses en época bárquida y antes por los iberos, según la afirmación de Diodoro (5, 35-38). Los sistemas de explotación de los bárquidas pasaron a los romanos. Las minas eran propiedad de los bárquidas y en las minas de sal, como subproducto, se explotaban las pesquerías<sup>69</sup>. Igualmente los bárquidas introdujeron las técnicas de trabajo, a base de tornillos de Arquímedes, bombas de Ctesibio, norias, etc., ingenios descubiertos en época helenística. Incluso se sospecha que las tablas de Vipasca, que son el código minero más importante de época romana, tienen un origen cartaginés<sup>70</sup>. La moneda de Ampurias indica que la colonia griega estaba dentro del área del comercio cartaginés. Hacia los años 300-290 a.C. se acuñan las primeras dracmas, con el caballo parado, tema genuinamente cartaginés. Hacia el año 264 hace su aparición la cabeza de Arethusa con más o menos influencia púnica, en algunos casos [-63-] muy evidente. Los dos tipos, sículo-púnico y griego, llegan a Iberia a través de una traducción púnica. En ciertos tipos se sustituye la cabeza de caballo por una figura grotesca, que se ha identificado con un cabiro, adaptado también del panteón fenicio. Con el desembarco de los Escipiones en Ampurias, 218 a.C, cambian las influencias comerciales y desaparece el influjo fenicio; las monedas de Ullastret son también de influjo púnico. Fueron los cartagineses, al pagar a las tropas mercenarias ibéricas, durante la segunda guerra púnica, los que generalizaron la economía monetaria en amplias zonas de la Península Ibérica. Se ha supuesto que, hacia mediados del siglo IV a.C., y como resultado del segundo tratado romano-cartaginés, los púnicos destruyeron una serie de poblados ibéricos de Contestania: La Bastida, El Puig, Covalta, Cabezo Lucero, Loma de Galbin, Pixicol, Ladera de San Antonio, Mola de Torró y Mola de Agres, que para ser arrasados necesitaban necesariamente ser atacados con los ingenios bélicos utilizados por los púnicos en Sicilia contra Selinunte e Himera: arietes, torres de asalto y minas (Diod. 13, 54, 1, 6), usados también en el cerco de Sagunto por Aníbal en 218 (Liv. 21, 7-8), pues la mayoría de ellos estaban defendidos por excelentes murallas, como La Bastida, Covalta y El Puig. Hoy día estas destrucciones se la supone en la primera mitad del siglo III a.C. o muy a finales del siglo anterior<sup>71</sup>. El Cigarralejo fue destruido a finales del siglo V a.C. una primera vez y el material de derribo fue reutilizado en tumbas del siglo siguiente. El Cabecico de Tesoro se ha supuesto que lo fue en las campañas de 238, en plena época bárquida. El Corral de Saus<sup>72</sup> tiene en las tumbas también material reutilizado, pero se ignora si las destrucciones de la primera mitad del siglo IV a.C. o de época bárquida. Recientemente se cree que son debidas a las luchas de unas tribus con otras (Str. 3, 4, 5). Estas destrucciones indicarían un interés púnico en la costa levantina con anterioridad a la llegada de los Bárquidas. El material púnico en Contestania es bajo en número y poblados, como los de [-64-] Albufereta, tenidos por ibero-púnicos, hoy se sabe que sólo son iberos<sup>73</sup>. Las raíces del arte ibero en escultura

<sup>69</sup> R. Etienne, «A propos du "garum sociorum"», *Latomus*, 29 (1970), págs. 297 y ss. Sobre las minas hispánicas en general, cfr. J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, Bilbao, 1978, págs. 283 y ss.; *Id.*, *Historia económica de la Hispania Romana*, Madrid, 1978, *passim*.

<sup>70</sup> A. D'Ors, *Epigrafía Jurídica de la España Romana*, Madrid, 1953, *passim*.

<sup>71</sup> E. A. Llobregat, *Contestania Ibérica*, Alicante, 1972, págs. 39, 175 y siguientes.

<sup>72</sup> D. Fletcher - E. Pla, «Restos escultóricos de la necrópolis Ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)», *Homenaje a García y Bellido*, III (1977), págs. 55 y ss.

<sup>73</sup> E. A. Llobregat, *cit.*, págs. 73 y ss.

son clásicas<sup>74</sup>. La escultura de Elche, como la inédita de Porcuna o las damas sedentes de Cabecico del Tesoro, no deben nada al arte púnico. Posiblemente Focea desempeñó un papel importante en su gestación. La influencia púnica en Edetania<sup>75</sup>, según los últimos estudios, se presentaría fundamentalmente en forma de importaciones de carácter griego, que procedían en buena parte de un comercio con el emporio púnico de Ibiza. El límite nororiental de la influencia fenicia sería el río Segura.

Los púnicos desempeñaron un papel importante, como transmisores de la cultura griega, vendiendo vasos griegos. Los numerosos vasos áticos de la primera mitad del siglo IV a.C., que se recogen en la necrópolis del sureste de Oretania y en menor número en el bajo Guadalquivir y en Huelva, fueron traídos, seguramente, por los cartagineses<sup>76</sup>. Aunque no hay que descartar que barcos atenienses llegaron al mediodía. Quizá, a esta época pertenezcan el oráculo de Puerto de Menesteo de las [-65-] proximidades de Cádiz (Str. 3, 1, 9) y la estatua de Temístocles (Philostr., *VA* 5, 4) de la gran metrópolis fenicia. Atenas podía estar interesada en buscar nuevos centros productores de cereales<sup>77</sup>, pero la zona donde aparece generalmente estos vasos áticos, o donde su densidad es mayor, es la zona minera. El viaje de Piteas<sup>78</sup> al Atlántico Norte, hecho con permiso de los púnicos, no se explica, si no es una época de excelentes relaciones entre Cartago y Atenas, como es la que siguió a la guerra del Peloponeso; tampoco hay que descartar que barcos áticos llegaran al sureste.

En el sur hubo asentamientos de colonos púnicos, en la zona entre Gades y Sexi. Son los Blastofenicios de Apiano (*Ib.* 56), atacados por Púnico, caudillo lusitano, entre 155 y 153 a.C. Se les llama también libiofenicios en el poema de Avieno (*Ora Mar.* 421). Eforo (Scimn. 197) los conoce también. Ptolomeo (2, 4, 6) los denomina *bastulipoeni*. Igualmente los nombra Hecateo del Mileto (*fr.* 310, 314). Aníbal hizo asentamientos de colonos africanos, según puntualiza Apiano. Plinio (*NH* 3, 8) es más explícito: «M. Agripa juzgó que toda la costa dicha, en general, fue en origen de los púnicos.» Todos estos datos<sup>79</sup>, reunidos en este trabajo, indican que la influencia semita fue una componente esencial de las culturas ibéricas y turdetanas y que en algún tipo de

---

<sup>74</sup> A. Blanco, «Die Klassischen Wurzeln der iberischen Kunst», *MM*, 1 (1960), págs. 101 y ss.

<sup>75</sup> E. A. Llobregat, «El papel de los cartagineses en la Historia antigua del País valenciano, a la luz de los estudios recientes», *Cuadernos de Historia*, 5 (1975), págs. 1 y ss.; *Id.*, *Las relaciones con Ibtza en la Protohistoria Valenciana: Prehistoria y Arqueología de las Islas Baleares*, Barcelona, 1974, págs. 291 y ss.; ánforas púnicas, *askoi* zoomorfos, placas-sello de cerámica, terracotas, huevos de avestruz, amuletos de pasta vítrea, objetos, de hueso, que demuestran una corriente continua de contactos con Ibiza, desde finales del siglo V y que duró hasta el cambio de era. Las ánforas demuestran un contacto temprano, pero se ignora el producto que contenían, probablemente salazón. Las relaciones son de carácter fundamentalmente suntuario. Los productos campanienses pudieron penetrar por esta vía. El componente semítico de la cultura valenciana procede de Turdetania y es arcaico: *Id.*, *Iniciación a la Arqueología alicantina*, Alicante, 1976, pág. 85. El autor escribe: «importaciones estrictas de tipo fenicio-púnico son escasísimas, cuando no inexistentes. Hay unos fragmentos de cerámica de barniz rojo de tipo fenicio en un nivel antiguo de La Alcudia y en cuanto a cerámicas púnicas no se puede afirmar con precisión la existencia de piezas importadas».

<sup>76</sup> P. Rouillard, «Coupes attiques a figures du IV<sup>e</sup> s. en Andalousie», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 11 (1975), págs. 21 y ss.; E. Cuadrado, «Penetración de la influencias greco-fenicias en el interior peninsular», *Simposio de Colonizaciones*, cit., págs. 93 y ss.; G. López Monteagudo, «Panorama actual de colonización griega en la Península Ibérica», *AEA*, 50-51 (1977-78), págs. 3 y ss.

<sup>77</sup> R. J. Hopper, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, 1979, págs. 71 y ss.

<sup>78</sup> C. F. C. Hawkes, *Pytheas: Europe and the Greek Explorers*, Oxford, 1977; P. Fabre, «Étude sur Pytheas le Massaliote et l'époque de ses travaux», *EC*, 43 (1975), págs. 25 y ss.

<sup>79</sup> M. Koch, «Observaciones sobre la permanencia del sustrato púnico en la Península Ibérica», *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, cit., págs. 191 y ss.

religión, como en el culto del Hércules gaditano<sup>80</sup>, que pervivió hasta el Bajo Imperio, hubo siempre un fuerte componente semita.

---

<sup>80</sup> J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, cit., págs. 17 y ss.